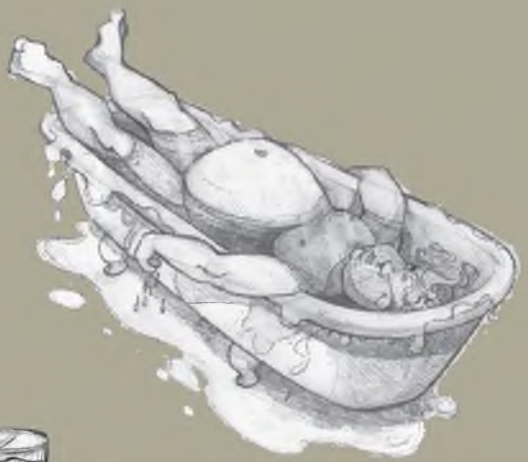
CUENTOS BREVES

1º CONCURSO ANUAL ABIERTO A LA COMUNIDAD



UNIVERSIDAD NACIONAL DE MORENO

Cuentos Breves

I CONCURSO ANUAL ABIERTO A LA COMUNIDAD

Convocatoria 2014

UNIVERSIDAD NACIONAL DE MORENO

Rector
Hugo O. ANDRADE

Vicerrector
Manuel L. GÓMEZ

Secretaria Académica
Adriana M. del H. SÁNCHEZ

Secretario de Investigación, Vinculación Tecnológica y Relaciones Internacionales
Jorge L. ETCHARRÁN (ad honorem)

Secretaria de Extensión Universitaria
M. Patricia JORGE

Secretario general
V. Silvio SANTANTONIO

Consejo Superior

Autoridades

Hugo O. ANDRADE
Manuel L. GÓMEZ
Jorge L. ETCHARRÁN
Pablo A. TAVILLA
M. Patricia JORGE

Consejeros

Claustro docente:
Marcelo A. MONZÓN
Javier A. BRÁNCOLI
Guillermo E. CONY (s)
Adriana M. del H. SÁNCHEZ (s)

Claustro estudiantil:
Rocío S. ARIAS
Iris L. BARBOZA
Claustro no docente:
Carlos F. DADDARIO

Cuentos Breves

I CONCURSO ANUAL ABIERTO A LA COMUNIDAD

Convocatoria 2014

UNIVERSIDAD NACIONAL DE MORENO

editora
UNIVERSIDAD NACIONAL DE MORENO

Convocatoria 2014, I Concurso Anual Abierto a la Comunidad :
Cuentos breves / Adriana Speranza ... [et al.]. - 1a ed . -
Universidad Nacional de Moreno : UNM Editora, 2016.
144 p. ; 21 x 24 cm. -
(Concurso Anual Abierto a la Comunidad / Speranza, Adriana; Opera Prima)
ISBN 978-987-3700-25-5
1. Cuentos. I. Cardeilhac, Paola [et al.].
CDD A863

Colección: Concurso Anual Abierto a la Comunidad
Serie: UNM Opera Prima
Directora: Adriana M. A. SPERANZA

1.ª edición: marzo de 2016
© UNM Editora, 2016
Av. Bartolomé Mitre 1891, Moreno
(B1744OHC), prov. de Buenos Aires, Argentina
(+54 237) 466-7186/1529/4530,
(+54 237) 462-8629, (+54 237) 460-1309
Interno: 154
unmeditora@unm.edu.ar
http://www.unm.edu.ar/editora
ISBN: 978-987-3700-25-5

UNM Editora

Miembros ejecutivos:
Adriana M. del H. Sánchez (Presidenta)
Jorge L. ETCHARRÁN
Pablo A. TAVILLA
M. Patricia JORGE
V. Silvio SANTANTONIO
Marcelo A. MONZÓN

Miembros honorarios:
Hugo O. ANDRADE
Manuel L. GÓMEZ

Departamento de Asuntos Editoriales:
Leonardo RABINOVICH a/c

Staff:
R. Alejo CORDARA (arte)
Sebastián D. HERMOSA ACUÑA
Pablo N. PENELA
Daniela A. RAMOS ESPINOSA
Florencia H. PERANIC
Cristina V. LIVITSANOS
Damian O. FUENTES (Ilustrador)

La edición en formato digital de esta publicación se encuentra disponible en: http://www.unm.edu.ar/repositorio/repositorio.aspx

La reproducción total o parcial de los contenidos publicados en esta obra está autorizada a condición de mencionarla expresamente como fuente, incluyendo el título completo del trabajo correspondiente y el nombre de su/s autor/es.

Libro de edición argentina
Queda hecho el depósito que marca la Ley 11.723

Este libro se terminó de imprimir en marzo de 2016 en la Coop. de Trabajo Chilavert Artes Gráficas Ltda, M. Chilavert 1136, CABA.

Libro Universitario Argentino

Presentación

En 2014, la UNIVERSIDAD NACIONAL DE MORENO, por intermedio de UNM Editora, reconociendo al libro y a la lectura como medios idóneos para el enriquecimiento y transmisión de la cultura, y con el propósito de alentar a nuevos talentos y celebrar el 150º aniversario de la creación del Partido, dio lugar a su primer certamen denominado "CONCURSO ANUAL ABIERTO A LA COMUNIDAD", para incentivar la producción intelectual de la comunidad por medio de la publicación de obras nuevas.

La Convocatoria impulsada cristalizaba además, la conformación de una nueva Colección del Fondo de la Editorial Universitaria, a integrarse por 2 Series: "MORENO 150º", para el estudio social, económico o histórico del Partido de Moreno y "UNM Opera Prima", en esta primera oportunidad, para cuento breve sobre tema libre. Asimismo, se establecieron 2 Categorías: "Estudiantes", para quienes se encuentren cursando el nivel secundario en establecimientos del Partido de Moreno y/o aquellos residentes pero que se encuentren cursando el nivel secundario en establecimientos educativos fuera del mismo y, "Autores Nóveles", para mayores de edad que no hayan publicado con anterioridad obras de su autoría ó, como máximo hasta 2 obras o trabajos, sean residentes o no del Partido de Moreno.

La iniciativa, además de contribuir al objetivo estatutario de la Universidad de coadyuvar al objetivo de promover la lectura y la escritura, a la vez de alentar la difusión de las creaciones de nuevos talentos, como forma de promoción y proyección de dichos autores y de sus obras, pretende aportar herramientas útiles a la educación en todos sus niveles y promover a los estudiantes del nivel secundario.

Esta primera Convocatoria contó con la generosidad y colaboración de un prestigioso Jurado externo, integrado por notables personalidades de la cultura –conformado por Ana María Shua, Pablo De Santis y Leopoldo Brizuela- que dio su veredicto final para la elección de los textos premiados, y de un Jurado interno, compuesto por los docentes de la UNM: Roberto C. Marafioti, Armando V. Minguzzi, Marcelo A. Monzón, V. Silvio Santantonio, Gabriel R. Bellomo y quien suscribe esta breve presentación, Adriana A. M. Speranza, que realizaron la labor preparatoria para la elección final y selección del resto de las obras que componen esta primera antología.

La primera publicación de la Serie: "UNM Opera Prima", corresponde a las obras inéditas y ganadoras del certamen, en la categoría "Autores Nóveles", con el Primer Premio, para la obra presentada y admitida bajo el título de "Paradores", presentada por su autora, Paola Cardeilhac, bajo el seudónimo "Pascal"; con el Segundo Premio, para la obra presentada y admitida bajo el título de Centellas", presentada por su autora, Ana Carolina López, bajo el seudónimo de Amparo Mendoza y por último con el Tercer Premio, para la obra presentada y admitida bajo el título "Border", presentada por su autora, Daniela Alejandra Aguilar Jorand, bajo el seudónimo de Alejandra Jorand.

La publicación se completa con otras 16 obras inéditas no ganadoras y seleccionadas de un total de 126 obras admitidas y preseleccionadas, que los Jurados intervinientes han valorado en base a: su apego a las bases de la convocatoria, estilo en prosa, ortografía, cohesión, coherencia textual, estructura, tensión narrativa y originalidad, concluyendo por unanimidad en otorgar los premios establecidos a las obras antes mencionadas.

La Universidad Nacional de Moreno y su sello editorial UNM Editora se complacen en hacer posible la difusión de esta antología que materializa la visión y el proyecto académico de la Universidad, en tanto, contribuye a la incentivar la creación intelectual de la comunidad.

Adriana M. A. SPERANZA
Diciembre de 2015

Índice

Prólogo: 9
Leer y Escribir, V. Silvio Santantonio

Categoría: "Autores Nóveles"

Paradores (1° Premio) 14
Paola Cardeilhac (seudónimo: Pascal)

Centellas (2° Premio) 22
Ana Carolina López (seudónimo: Amparo Mendoza)

Border (3° Premio) 30
Daniela Alejandra Aguilar Jorand (seudónimo: Alejandra Jorand)

Cuestión de gatos 38
Jacqueline Soto Marchant (seudónimo: Albertina)

El salto de la liebre 46
Rodrigo Guillermo Torres Quezada (seudónimo: Diplodo)

A maratón 56
Paola Cardeilhac (seudónimo: Pascal)

Mario de Capayan 64
Walter Fernando Marcelino Espinosa (seudónimo: Joaquín Pablo)

Soñaba tan real 72
Patricia Guzmán (seudónimo: Gloria Abascal)

Predicción-Adicción 80
Natalia Soledad García (seudónimo: Soy)

La intercesión 86
Carlos Jorge Rubinstein (seudónimo: Crub)

Una cena inconclusa 94
Gustavo Adolfo Barrios Sosa (seudónimo: Tuuro)

Historia sin nombre oficial (crónica) 104
Facundo Martín Desimone (seudónimo: El oso del sueño)

Foco 110
Evangelina Caro Betelú (seudónimo: El dorado)

Esto es un asalto 116
Hernán Alberto García (seudónimo: Zorba)

La ultima puerta 124
Katja Ornella Lugo (seudónimo: K.O. Lugo)

Categoría: "Estudiantes"

La último función 134
Rocío Belén Riquelme (seudónimo: Riquelme)

Prólogo

Leer y Escribir

"En un principio
el verbo
después elipsis
sombras errantes".

Ingeborg Bachmann

Leer y escribir. Escribir y leer. ¿Dos estaciones de un mismo viaje? Algunos dirán que lo activo se concentra en la escritura, y que la lectura resuena a mera pasividad. Que el placer se encuentra en la lectura y el desgarro en la escritura. Sin embargo, como plantea Pascal Quignard "escribir relatos quita los hierros. Los relatos imaginan otra vida. Esas imágenes y esos viajes arrastran, poco a poco, situaciones que emancipan de los hábitos de la vida, tanto en la vida del que lee como en la vida del que escribe".

¿Por qué leer?

En esta época en que las biociencias y la neurolingüística se encuentran en pleno apogeo, podemos encontrar cientos de estudios en los que se destacan los efectos positivos de la lectura sobre la concentración y la empatía, la prevención de la degeneración cognitiva y hasta la predicción del éxito profesional. Es así: hay más materia gris en la cabeza de una persona lectora y más neuronas en los cerebros que leen.

Pero esto no contesta nuestra pregunta. Ya que se supone nadie leerá una novela o cuento alguno para mejorar sus capacidades neuronales. La lectura es una actividad lúdica y comprometida a la vez. Para los argentinos fue Julio Cortázar quien introdujo la idea del lector "cómplice", camarada de caminos, en un supuesto pie de igualdad con el escritor, allá hacia 1963 con la publicación de Rayuela. Las distintas vías (y formas) de lectura realzan el papel activo del momento de leer.

Por otra parte, la lectura tiene una relación directa con el deseo, sostenía el crítico y escritor francés Roland Barthes: "¿Qué es lo que hay de Deseo en la lectura? El Deseo no puede nombrarse, ni siquiera (al revés que la necesidad) puede decirse. No obstante, es indudable que hay un erotismo de la lectura (en la lectura, el deseo se encuentra junto a su objeto, lo cual es una definición del erotismo). En la lectura todas las conmociones del cuerpo están presentes, mezcladas, enredadas: la fascinación, el dolor, la voluptuosidad".

"Al leer no buscamos ideas nuevas, sino pensamientos ya pensados por nosotros, que adquieren en la página un sello de confirmación. Nos impresionan las palabras de los otros que resuenan en una zona ya nuestra –y que ya vivimos– y que al hacerla vibrar nos permiten apresar nuevos atisbos en nuestro interior". (Cesare Pavese, El oficio de vivir).

La lectura nos confirma, como dice Pavese, por eso las lecturas son personales y las interpretaciones infinitas.

¿Por qué escribir?

Se trata de una pregunta reiterada, que incluso podría conformar un género literario en sí mismo. Las justificaciones de los escritores de por qué hacen lo que hacen. ¿Por qué tantas personas siguen escribiendo, de manera anónima, en un mundo que premia cada vez más la productividad cuando escribir es un trabajo, casi nunca remunerado?

Entre las explicaciones más convincentes se encuentran las de Margarite Duras, en un bellísimo ensayo: Escribir. Uno escribe sobre lo que ignora, para develar un misterio. Se escribe para buscar una explicación y se encuentran solo incógnitas. La duda. La duda es escribir. Como dice la autora de El Amante: "si se supiera algo de lo que se va a escribir, antes de hacerlo, nunca se escribiría. No valdría la pena".

En la misma línea, Marina Tsvietaieva, la exquisita poeta rusa, se confesaba en una de las cartas dirigidas a Boris Pasternak: "Escribo no porque sepa, sino para saber. Mientras no escribo sobre el objeto (no lo veo), el objeto no existe". Escribir como acto de voluntad. Como búsqueda. No hace falta saber, sino tener interrogantes. "Lo que nos sostiene es la inquietud y en el esfuerzo de escribir es la certeza de que en la página queda algo que no ha sido dicho", señala Cesare, Pavese. Se trata de una pulsión, quizá de un síntoma. El escritor, especie de Sísifo moderno, sabe que deberá seguir arrastrando la piedra, por el solo hecho de arrastrarla.

Escribir también es un acto de amor, un deseo de expresión, de decir, de comunicarse. No importa con quién.

Algunos lo asocian al momento de la seducción, ya sea particular, o en general: se escribe para un lector.

Escribir es transcribir. Así se refiere Quignard de Jean de la Fontaine: "No escribía nada que previamente no hubiera leído y adaptado en la lectura al ritmo de la su respiración". De allí, el hilo de Ariadna que hace confluir lector y escritor en una misma persona y en sus multiplicidades.

Otra manera de aproximarnos a esta pregunta es indagar directamente en nuestros textos, eludiendo las contestaciones estereotipadas. ¿Por qué escriben los autores de Moreno Opera Prima? En lo que sigue, intentaremos encontrar algunas respuestas.

Los cuentos

"Un hombre quiere ganarle al tiempo". Así comienza "Paradores". El tiempo como obstáculo, como fatalidad a la manera de una road movie predestinada al fracaso. Pero "los que saben correr, corren para empezar de nuevo. La velocidad es el mejor antídoto para la memoria".

En este relato a la manera del "Milagro secreto" de Borges, la escritura se emparenta con ese acto de fe, el del autor que se dirige a Dios para pedirle que detenga el tiempo, aunque sea para finalizar la obra. Mientras se escribe el tiempo parece detenerse. Nadie escribe mirando el reloj, quizá sea necesario despojarse de sus mallas o esconderlas, por un tiempo.

Mientras tanto, la vigilia es el momento más productivo del escritor. En ella aparecen los restos diurnos, las "sobrias ebriedades" como diría Paul Celan. "La frontera…esa línea entre lo que es y lo otro, entre las horas que pasan y no pasan más…" La frontera entre la vigilia y el sueño, entre lo real y lo imaginario. Una cierta poética de la realidad, aquella que Dante no se anima a contar a sus compañeros de oficina, en "Soñaba tan real", o en el que un hombre ve a una mujer empapada golpeando una cabina de peaje de una autopista desierta a las dos y media de la mañana, en "Centellas".

Tal como plantea Paul Auster en el Libro de la memoria, existe una ecuación que no da lugar a dudas: el acto de escribir es un acto de memoria. Un intento por recuperar el pasado. Más que el simple recuerdo, de lo que se trata es de revivir, recrear (distorsionar) lo que permanece escondido. Así lo entendió Marcel Proust en su famosa búsqueda del tiempo perdido, narrando con destellos de recuerdos que van viniendo a su memoria, a través de lo que bautizó memoria involuntaria; es decir, cuando olores, sabores o imágenes presentes sacan a relucir un pasado que se creía olvidado.

El recuerdo, la evocación, aparecen con claridad en varios de los cuentos seleccionados. Y los objetos son catalizadores, especie de levadura, a la manera de la magdalena mojada en té de tilo de Proust, que amalgaman esas historias. Pasillos y puertas se reproducirán con el tiempo en "La última puerta";

un balneario en invierno que se resista al abandono del viento y de la niebla en "A Maratón"; o simplemente un libro, que haga "Foco", y se preste a ser leído entre líneas, para recordar lo que ha estado en la mente todos estos años…

Pero la memoria no es solo individual, siempre recoge los restos de relatos colectivos, de un país que ha visto con creces como se fue formando el barro de la historia la lucha de trabajadores despedidos junto a la ruta 23 entre San Miguel y Moreno en "La intercesión".

La escritura de ficción a través de la historia ha sido emparentada con cierta cualidad mágica. Las musas inspiradoras de la antigüedad, el resabio del romanticismo o del escritor modernista recluido en su castillo de cristal. "Sigo esperando la inspiración felina para continuar con mi novela", comienza diciendo "Cuestión de gatos". Asociar la escritura con la transpiración, con cierta compulsión al trabajo, como la de cualquiera que se siente frente a una computadora y se pregunte ¿por dónde empezar?

"Escribir
No puedo
Nadie puede
Hay que decirlo: no se puede
Y se escribe
Lo desconocido que uno lleva en sí mismo:
escribir, eso es lo que se consigue.
Eso o nada".
Margarite Duras

V. Silvio Santantonio

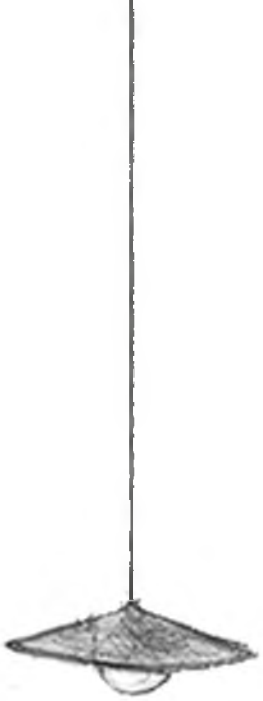
CATEGORÍA: "AUTORES NÓVELES",

1º PREMIO CUENTOS BREVES,

CONVOCATORIA 2014,

I CONCURSO ANUAL ABIERTO,
A LA COMUNIDAD UNM,
OPERA PRIMA

PARADORES



UN HOMBRE QUIERE ganarle al tiempo. La hora de ruta siempre dura más. Sesenta imágenes por minuto. Pisa el acelerador. Setenta. Anochece de a poco en el campo, sus ojos cansados reflejan un cielo gris rojizo. Viernes ocho p.m., veinticuatro de diciembre a ciento cincuenta kilómetros de la Capital. Nochebuena en la ruta. Todavía demasiados camiones interfieren en el camino. Piensa en disminuir la velocidad de la cabeza. Vuelve. Baja a cuarta, aprieta el pie derecho, quinta, frena, y con un leve golpe de volante se coloca entre medio de dos Scanias. No hay nada peor que quedar atrapado entre una flotilla de camiones jaula, piensa. Esos olores repugnantes le exigen seguir buscando la salida. Ya quedan pocos obstáculos. El automóvil los devora en un videojuego que va llegando a su fin.

La oscuridad lo recibe manejando su Polo rojo en el medio de la soledad del camino. No hay luces, ni camiones, ni pueblos que iluminen el paisaje. Viajar de noche es viajar en el vacío. Brazadas de nadadores que atraviesan estanques de agua fría. La vida en blanco y negro. Prende un pucho, estira la cabeza hacia atrás y se atreve a cerrar los ojos por un instante. Atraviesa un campo cubierto de girasoles. Frena en la banquina, se baja y queda unos segundos apoyado en el alambrado. Abre los ojos: girasoles en la noche. Imágenes reales de un mundo sin ilusiones. Una noche demasiado oscura para andar a ciegas, piensa.

La inquietud de los animales enjaulados nuevamente en su camino. Repite la maniobra, acelera, unas luces altas le apuntan al parabrisas. El tiempo de Fabián Contreras estalla en mil pedazos.

La ruta le ha agudizado esa capacidad para escabullirse de una realidad que pareciera no ser suya. Poco recuerda de su vida: su primera mujer, las nenas que ya están grandes, aquellas peleas interminables, el divorcio, amores frustrados, el salir de una oficina a otra, causas, demandas, un nuevo matrimonio, clientes de un estudio que se hunde. Todo eso poco importa. Los que saben correr, corren para empezar de nuevo. La velocidad es el mejor antídoto para la memoria.

A lo lejos se distingue el brillo de unas luces que titilan. Por un instante forman una gran estrella colocada sobre un poste al costado del camino. Frena. Asoma una casa de campo. "Pardor", se alcanza a leer en un cartel de letras borroneadas. La garganta reclama algo que beber. El auto se desvía y entra en un estacionamiento de tierra, ondulado por las huellas de los camiones estacionados contra los eucaliptos. El salón permanece en un silencio casi perfecto. Una mujer atiende detrás del mostrador. Cabellos negros, largos y lacios, vaqueros, zapatillas y una camisola floreada marcan su aspecto juvenil. Las arrugas profundas que atraviesan su rostro lo desmiente. Mirada fuerte, de ojos que conocen.

—¡Bienvenido!, se escucha con un tono demasiado delicado para el lugar.

—Qué bueno que tenga abierto —Trata de ser amable, aunque se da cuenta de que hay algo que le molesta.

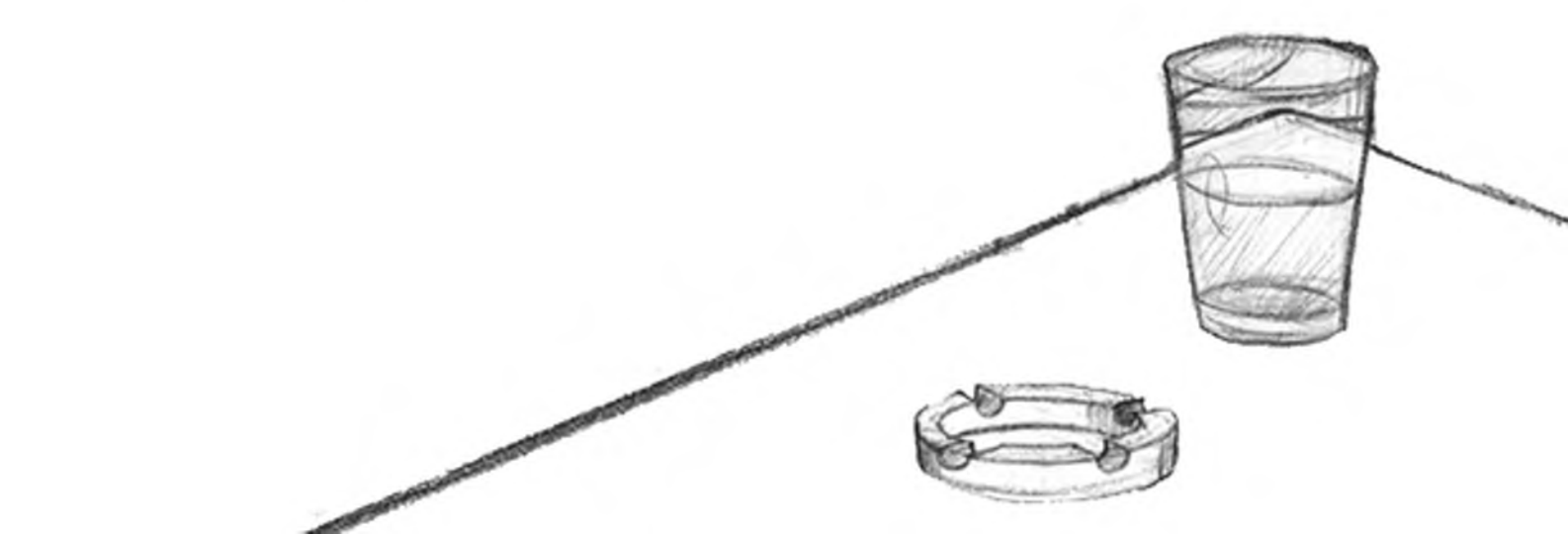
—Sírvase, tómese una copa. Cortesía de la casa.

—¿Cómo está la ruta más adelante? Si la noche sigue tan cerrada, no sé si voy a seguir.

—Tranquilo muchacho... No se preocupe —ella le contesta con una media sonrisa.

— ¿Yo no anduve antes por acá?

—No se crea, todos los paradores en la ruta se parecen. Venga, acérquese que le voy a contar un secreto.



Él se inclina contra un mostrador desvencijado. La mujer lo toma del hombro, apoya su mano con una suavidad que lo incomoda.

—No sé si lo sabe, pero para que no lo tome de sorpresa, amigo, le voy anticipando algo:esta noche va ser un poco más larga que las últimas. No se preocupe, no tendrá sueño. Tuvo mucha suerte, sabe. Le tocó una de los mejores, le dice casi al oído.
—¿De qué habla? —le contesta apartándole la mano.

—De la ruta, de eso que siempre ha querido. De ahora en más no tendrá que regresar, Fabián.

—Usted está loca. ¿Cómo sabe mi nombre?

—No me haga caso, vaya y siéntese, y tome su trago tranquilo. Ahora necesita descanso.

Él se ubica en un rincón, en la mesa del fondo del boliche. Por una vez presta atención a la escena. Varios hombres ocupan la sala. Son cuerpos delgados, algo encorvados sobre sí mismos. Todos acodados en mesas repletas de vasos vacíos. Los mentones se aplastan sobre sus puños, mientras las moscas bailotean sobre los manteles, se sumergen en los fondos de los vasos y vuelven a salir mansamente. Un sonido monocorde recorre el salón. Los parroquianos de ojos entornados escuchan en silencio, atontados, casi en paz. Pasan algunos instantes o quizá minutos. Fabián revive la podredumbre de los camiones jaula. Siente ganas de vomitar.

Liquida su vaso de un saque, se levanta, y sin pensar se arroja hacia la salida.

—Espere, no se vaya, déjeme ayudarlo —ella le grita— Todavía no. Todavía no está preparado.

Empuja las llaves del auto con desesperación, la puerta se abre, y el acelerador lo devuelve a la ruta.

Siempre supo cómo distinguir la distancia y la velocidad de los vehículos en la noche. Unas luces altas le apuntan al parabrisas. Pega un volantazo y se coloca en un hueco entre los dos Scanias. El aire seco entra por la ventanilla y mueve la estabilidad del coche. De frente un micro atraviesa la noche sin dejar rastros.

El tiempo desgasta las líneas divisorias de la ruta. Prende su cigarro, estira la cabeza hacia atrás y se permite cerrar los ojos por un instante. Necesita tomar algo fuerte.

Un parador aparece en el camino.

Paola Cardeilhac
(seudónimo: Pascal)
Ing. Maschwitz, provincia de Buenos Aires

CATEGORÍA: "AUTORES NÓVELES",

2º PREMIO CUENTOS BREVES,

CONVOCATORIA 2014,

I CONCURSO ANUAL ABIERTO,
A LA COMUNIDAD UNM,
OPERA PRIMA

CENTELLAS

NO LA VE VENIR. Cuando escucha el ruido de los golpes sobre los vidrios piensa que es uno de esos nailon que a veces se vuelan de los coches. O una rama que levantó la tormenta.

De todos modos hace horas que no pasa ningún auto y un rato que el temporal se convirtió en una lluvia persistente.

Tarda en reaccionar, como si solo fuese capaz de pensar en cámara lenta.

Afuera, ella sigue golpeando los vidrios de la cabina y lo mira, empapada.

Él sabe que no se quedó dormido, aunque sean las dos y media de la mañana, pero piensa que quizá empezó a alucinar. Ya escuchó historias así sobre la gente que trabaja demasiadas horas sola, sin ver a nadie o casi a nadie. Sobre todo de noche. Otros hablan de fantasmas o de espíritus.

Se lleva la mano a la crucecita que le cuelga del cuello.

La chica sigue golpeando, con las gotas de agua chorreándole por el pelo y cayéndole por la cara. Cuesta darse cuenta de si, además, está llorando.

El peaje es de una sola cabina. El de vuelta, en el camino hacia el norte, está dos kilómetros más adelante. Apaga contra el piso el cigarrillo sin terminar y se levanta de la silla giratoria que quizá alguna vez haya tenido respaldo.

Del lado de afuera, la chica avanza un paso hacia la puerta, en la parte de atrás. Tirita y tiene la ropa empapada.

—¿De dónde saliste? —le dice él.

Ella entra.

La chica no responde.

Se mete rápido en la cabina, como si fuera un animal al que amenazaron con un látigo, y se esconde debajo de la mesita en la que está colocada la caja de metal en la que se guarda el dinero, acurrucada.

Él no sabe si tiembla de miedo o de frío.

No es tan joven, piensa, alguna edad indefinida entre veintiocho y treinta y cuatro o treinta y cinco. Mantiene esos cuerpos de adolescente: la cintura diminuta, las tetas y el culo inmensos en contraste. Pero chiquita. Cuarenta y cinco kilos, le calcula. Lo mira, desde el piso, con las piernas flexionadas, pegadas al cuerpo, rodeadas con los dos brazos.

—¿Cómo te llamás?

Ella lo sigue mirando. Se muerde los labios.

La mira; ella se escurre las puntas del pelo y el agua cae al piso en gotas pequeñas.

—Es nada más que un rato, después me voy.

Él no dice nada.

Ve avanzar, sobre el tramo que va al norte, un camión lechero y mira el reloj.

—¿Qué hora? —le dice ella.

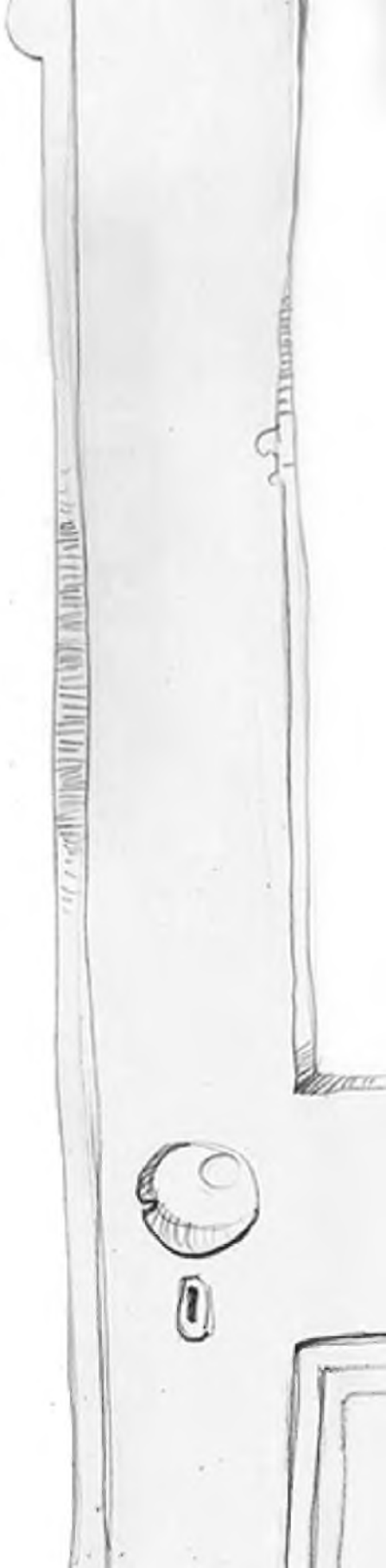
—Tres y diez.

Los focos del camión iluminan la lluvia. A él le gusta mirar eso. Ella se sobresalta con el sonido cercano del motor.

—¿Y qué hacés acá?

Ella se acurruca más.

—Es un rato —le insiste.



—¿De dónde saliste? —le pregunta de nuevo.

—De allá.

El gesto es a ninguna parte.

Deja de temblar y tiene la mirada fija en el cielo y en algunos relámpagos, a lo lejos.

—¿Te escapás? —pregunta él.

—No te voy a contar, es un rato nada más. Ya me voy.

Tiene las uñas pintadas de azul, con el esmalte saltado. Algunas están rotas. En el anular de la mano derecha tiene un anillo grueso, medio oxidado.

—¿Qué te pasó?

Lo mira y se calla.

Apoyado al otro lado hay un bidón de agua, con un poco menos de la mitad.

Él lo levanta y lo vierte adentro del termo.

Después enchufa el calentadorcito portátil y calcula el tiempo.

—¿Querés mate cocido?

Ella sigue sentada en el piso pero ya no está acurrucada. Dice que sí con la cabeza y él pone el saquito y un poco de azúcar en la única taza, que tiene el asa rajada.

—¿Y vos?

—Más tarde.

—¿Nunca pasan autos? —dice ella, de repente.

Él mira la ruta, a un lado y al otro.

—Siempre pocos. A la noche hay una hora en la que casi ninguno. Más si llueve.

Ella se levantó de debajo de la mesita y cruzó la cabina diminuta pasándole por adelante hasta apoyarse en la puerta por la que entró.

—¿Y vos? ¿De qué escapas? —le dice.

Él piensa en Mercedes, que espera en su casa. A veces le parece que lo que espera es que lleguen las once de la noche y él se vaya para la cabina. No es que crea que tiene un amante, nada más que siente que quiere librarse de él. Se la imagina en la cama, desnuda, enredada entre las sábanas, tocándose. Cuando él vuelve, pasadas las ocho de la mañana, ya está levantada, con el pelo mojado y el café listo. La abraza por atrás mientras lava las tazas, pero ella siempre se libera. No es brusca, pero sí decidida. Entonces él se va a dormir, todo lo que puede.

—¿De dónde sos? —insiste él.

—De lejos.

Miente. Y sabe que él sabe que está mintiendo.

A lo lejos, se ven los faros de un auto avanzar.

El sonido del coche alejándose la sobresalta de nuevo.

—¿Qué hora es?

Ella tiene un reloj en la muñeca izquierda, pero por algún motivo prefiere preguntarle a él.

—Las cuatro.

Paró de llover, pero el cielo se ilumina todo el tiempo con la tormenta eléctrica.

—Mirá —dice él— centellas.

Ella avanza un paso y se para justo delante de él, de espaldas a la silla en la que sigue sentado.

Así ubicada le parece mucho más alta.

—Son peligrosas —responde.

—Sí, mucho.

Y se acuerda de las centellas que bajaron diez vacas en el noventa y seis. Caían como fichas de dominó, las vacas, le contaron.

—¿Y hasta dónde vas?

Ella se ríe. Da media vuelta y queda enfrente de él.

—No sé. Hasta donde no tenga miedo.

Las centellas se apagan sin hacer ruido. En eso son distintas de los relámpagos. Van perdiendo la fuerza.

Los mechones enrulados, todavía húmedos le caen sobre los hombros. No tiene cartera, ni mochila, ni bolso. Quizá, se imagina, lleva algún dinero en la campera.

—¿Estás buscando a alguien? —pregunta.

—¿Y vos?

No es la primera vez que ella hace esto, decide él. Está entrenada en no responder ninguna pregunta. Le gustaría saber cómo fue eso las primeras veces, cuando no le quedó más que responder: me escapo, me lastiman, ni loca vuelvo, maté a alguien, tengo miedo.

Le parece que juega a provocarlo, pero sin terminar de decidirse o sin demasiada intensidad.

Él piensa en Mercedes. Y contiene sus ganas.

—¿Las cinco?

—Casi.

—Entonces me voy.

—Todavía llueve.

—No tanto, apenas.

—Yo estoy hasta las ocho.

—Me voy ahora.

Apoya la taza que tuvo todo el tiempo en las manos, arriba de la caja. Después abre la puerta y desaparece en la oscuridad.

Él se acomoda en la silla giratoria desvencijada y gira a un lado y al otro la cabeza.

Por unos minutos se queda quieto, con la vista allá perdida.

Ve un resplandor, a lo lejos.

Algo cae al piso.

Ana Carolina López
(seudónimo: Amparo Mendoza)
Ciudad Autónoma de Buenos Aires

CATEGORÍA: "AUTORES NÓVELES",

3º PREMIO CUENTOS BREVES,

CONVOCATORIA 2014,

I CONCURSO ANUAL ABIERTO,

A LA COMUNIDAD UNM,

OPERA PRIMA

BORDER

Solo en la mirada al árbol secado por su
fuego vive el presentimiento de la majestad del día
en que ya no tenga que quemar el mundo que ilumina

Horkheimer-Adorno,
Dialéctica de la ilustración

NO HABÍA LUGAR para ningún miedo. Había que arriesgarse, apretar cada momento entre las manos sudadas para que no pudiera irse. Primero puso un pie, luego otro. Se acomodó en la parte trasera del vehículo junto a otras personas. Su equipaje iba tan ajustado como él. Dentro de su saco llevaba los papeles falsos que lo ayudarían a cruzar la frontera, y una pistola, por si acaso.

La frontera… esa línea entre lo que es y lo otro, entre las horas que pasan y no pasan más, entre las condiciones humanas, entre países… como si el mundo fuera un rompecabezas, capaz de quebrarse en mil pedazos, separado por esas líneas de pasto, tierra y montañas, por mares, ríos… como si realmente existiera un límite, un límite gracioso, inexistente y tan real como el viento que azotaba con furia las mejillas de los pasajeros.

Todos se miraban entre sí. Compartían un mismo destino de viaje sobre ruedas, un trayecto irregular que despertaba a quienes buscaban despistar la vida durmiendo un poco. Un abrazo ocultaba un rostro. Dos manos tapaban los ojos. Un bostezo ahogaba el llanto. Todos, deudores del ayer, desesperanzados del mañana.

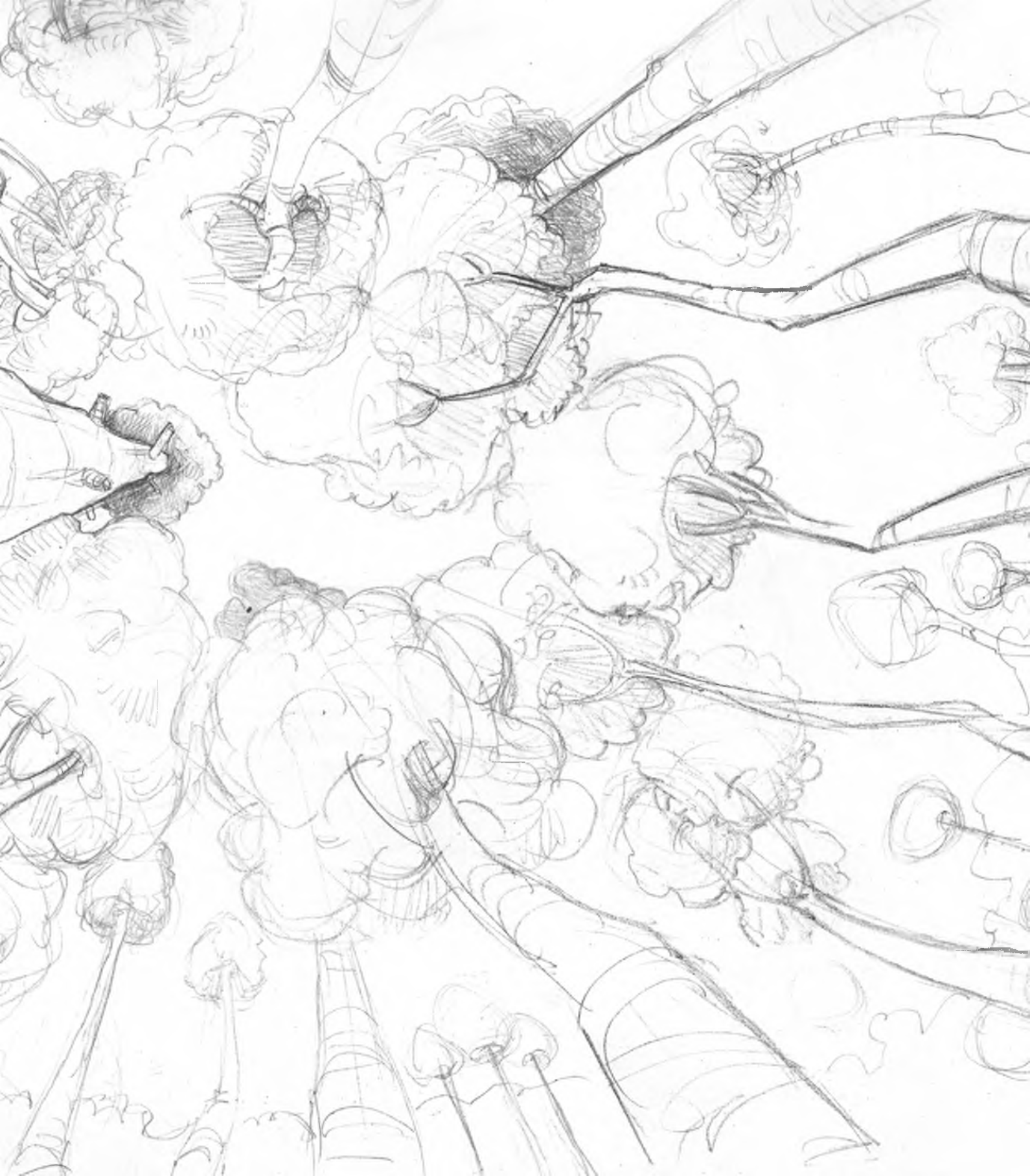
La pregunta. El momento en que ella invade todos los lugares posibles. Los absorbe. Los vomita. Los abraza. Los hace estallar como el vaso medio lleno que se cae, quebrándose en mitades, desparramando su esencia.

Ojalá no hiciera tanto frío para morir. Toda la vida renegamos el hecho de vivir y en el momento en que la vida se nos escapa nos aferramos a ella como si fuera una columna de mármol. Una columna tan ancha que no podemos rodear con nuestras manos. Una dura realidad golpea en la frente misma de los años que dejamos caer. La vida es la piedra, el hombre es la escultura.

El contingente se detiene a metros de la frontera, a la tarde. Ellos, los detienen. Las armas, tienen armas largas en las manos. Capaces de jugar con este vaivén de la vida y la muerte. Balas, unos centímetros no más. Cuerpos inertes. Ojos que no miran más.

Bolso en mano. No... los papeles. Esos documentos, convenciones, complicaciones. Se iban a dar cuenta. No iba a poder pasar. La línea imaginaria. Letras. Palabras. Balas que atraviesan contratos superfluos, como la gente misma. Tiene que ir al baño, allá atrás del árbol.
Pide permiso. Rápido, le dicen.

Corre. De repente corre. Escapa como lo hacen los fugitivos, como quieren hacerlo los pecadores atrapados en el infierno, como escapan los judíos de los campos de concentración. Porque la muerte no es una elección, sino un destino, la condena de perecer sin salvación ni juicio final. ¿Cómo se paga pensar el pasado y el futuro? Ver que es tristeza. El lenguaje se enmudece. Esas palabras escritas ya no sirven. Su garganta se seca. Las cosas no tienen relación con su nombre. La historia y la naturaleza se hacen una en la caducidad del presente, se abren a la multiplicidad de significados, a las mil lenguas de Babel. Un rostro de la historia triunfante lustra su corona con sangre, mientras el otro llora aquello que se le impidió ser.



Desesperado entre los árboles. Tropieza con sus pensamientos. Con el eco de la gran alegoría de aquello otro que no es, de lo absolutamente otro.

Ojala la noche hubiera llegado, porque el poco sol que había no lo iluminaba, no, le calcinaba el andar. Ojala no viera el sendero incierto, el verde opaco y brillante, la luz del día apuntando sobre su cuerpo, ese que alguna vez castigó, que alguna vez fue suyo, que ahora lo era. Ese cuerpo que se va a tragar la tierra. Antes que ese frío y ese sol y esa vida lo hagan desaparecer, quiere sentir todo aquello que quiso y rechazó. Los labios, el vino, el cielo, las piedras que se le meten en los zapatos y lo lastiman, mientras se escapa hacia lo incierto.

Venían por él. Podía escuchar los pasos, los tiros, los arboles aplaudiendo con sus ramas el triunfo de la noche que avanzaba devorando toda luz posible. Ya casi llegaba a la frontera, pero no pudo más. Ellos estaban demasiado cerca. De cualquier modo, la muerte y la vida eran la misma persona y lo buscaban, lo atraparían. Sin embargo, la elección era lo único que le quedaba: la culpa sería suya, se condenaría a sí mismo a no ser víctima sino victimario. Comprendió que ni los muertos tienen escapatoria si ellos no se redimen. Sacó el arma de su bolso, después de encontrarla en el laberinto de dedos apurados que se cruzaban como caminos. Caminos que culminaban en la muerte. Puso la pistola en su boca, miro el cielo, bóveda celeste de los cristianos, para que el ángel de la melancolía de Durero lo ayudara a sostener con firmeza el dedo capaz de apretar el gatillo y silenciar la historia que nadie tiene ganas de escuchar.

Daniela Alejandra Aguilar Jorand
(seudónimo: Alejandra Jorand)
Mulhouse, Alsace (Francia)

CUESTIÓN DE GATOS

SIGO ESPERANDO la inspiración felina para continuar con mi novela.

"Los felinos en la ciudad" tendría que estar terminada a fines de este año de no ser por la persistencia de mis vecinos en impedirlo. Cada vez es más complejo, sobretodo que ahora no logro escuchar los gatos.

Tengo la historia y los personajes, pero la duda me corroe porque quizás no volveré a escuchar sus habladurías gatunescas. Peor aún, me intriga pensar que tal vez conozca la razón de su extraña desaparición.

Hace un par de meses decidí rentar una habitación en el viejo edificio de calle Huérfanos frente al hogar de gatos, "Home Sweet cats". Descartando por completo la respuesta de que el lugar es irrelevante. No lo es. De hecho, decir que el dónde importa es la base de mi retórica. Por tanto, este era el lugar ideal para continuar con mi libro porque precisamente había centenar de felinos. Era un espectáculo único verlos a diario. Disfrutar de sus gatuneras travesuras en medio de los tejados, los ronroneos, maulliduras y todas esas actividades gatescas propias de los gatos. Sin embargo, no es del todo posible a causa de mis fronterizos vecinos.

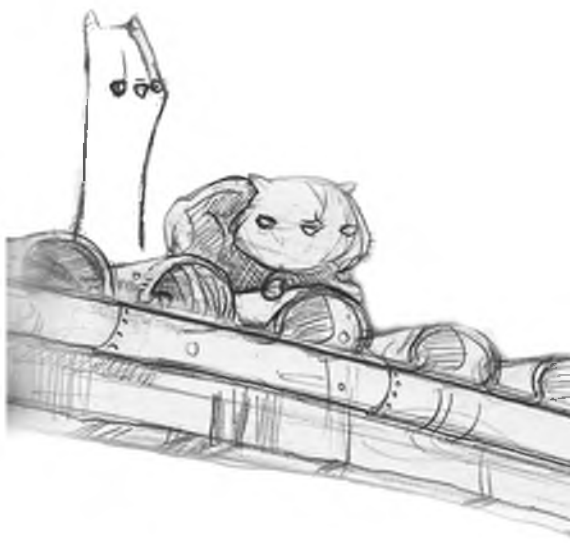
Habito el 101, primer piso, y ellos el 201, evidente, segundo piso. Estas viejas habitaciones dejan entrever todo lo que ocurre en el universo vecinal y es imposible abstraerse. Están hechas principalmente en madera. Cruje, resuena y se manifiesta. Una pisada bajo la cama en mi cuarto y todos los inmediatos notarán que me he levantado. Logré notarlo la primera noche cuando escuché gritos y forcejeos muy potentes, mezclados con un poco de funk y el noticiario de trasnoche por la televisión. En fin, lo más interesante ocurría en el 201. Parecían arrastrar cuerpos por el piso. Luego me imaginaba alguien golpeándolos sin cesar, para luego ser trasladados hasta el otro extremo del cuarto. Mientras los gatos gemían invariablemente y cada vez con mayor fuerza.

Casi que podía sentirlos en mi habitación. Me pareció una pelea doméstica e intenté evadirla con un cigarrillo en la acera.
La sorpresa fue mayor. No me sorprendió ver las siluetas por la ventana de una pareja forcejeando, sino los miles de gatos apostados observando. El edificio estaba literalmente atestado de felinos, angoras, persas, negros, rojos, azules, mariposas, por mencionar algunos que logré distinguir por la oscuridad. De inmediato tomé nota en mi libreta de apuntes. Sin duda, sería crucial en mi novela. La trifulca no cesó hasta la madrugada, tampoco el voyerismo gatesco.

Al día siguiente fui hasta el 201 para explicarles la necesidad de mi evidente tranquilidad y de los demás ocupantes del edificio, sin resultados. Nadie respondió pese a mi insistencia. Regresé a mi cuarto y mientras reflexionaba en mi ventana sobre los comportamientos felinos noté que alguien me observaba. Era una pequeña oriental asomada por el balcón del 201. Le hice una seña con la mano pero cuando notó que la había visto se ocultó rápidamente. Mientras, que la que presumo podría ser su madre se dejaba entrever a través de las cortinas trajinando de un lado a otro de la habitación.

Lo extraño era su sigilo, pues desde mi cuarto no sentía ni sus pisadas.

De algún modo mi intervención sirvió pues no volví a escuchar altercados o confusión en la habitación 201. Ni las noches sucesivas. El murmullo son los gatos que refunfuñan por cualquier razón. Me detengo para verlos a diario correteando y maullando. Invariablemente la pequeña oriental también los observa tras las cortinas. A veces desde mi balcón puedo sentir sus risitas por los espectáculos gatunos. Parece una niña agradable. Algunas veces hago comentarios divertidos en voz alta esperando su respuesta. También hago alarde de mis conocimientos sobre los gatos, recitando algunas manías o costumbres felinas extrañas con el fin de que ella las escuche. Confío en que así sea.



He avanzado en la novela, pero no dejo de pensar en mis vecinos. Por períodos siento que es su culpa mi retraso.

Me perturba su soledad y resistencia a socializar. No puedo evitarlo. Incluso me sorprendo de mí mismo intentando llevar un tema con la casera de la esquina o el vecino del 102. Me consideraba antisocial, pero esta familia me estremece. Es que nadie puede vivir tan remoto. La habitación parece desierta a toda hora. Estoy tan consternado que tiendo a pensar en cosas mundanas como la comida, colegio, trabajo. Como lo hacen si jamás salen de su habitación. Quizás me los he topado, sin siquiera saber quiénes son. Tal vez no existen y el cuarto está deshabitado hace años. Los imaginé. En una de esas, el hombre perturbaba la familia y se ha marchado. O se han ido todos a Japón o China. Es inconcebible cómo sagradamente pienso en ello a diario. Pierdo más tiempo en eso que en avanzar en mi novela. Prácticamente ya no logro concentrarme en escribir.

Estaba en esas reflexiones sobre mis vecinos la otra noche cuando había mucho ruido de arrastre de muebles o bultos. No me pareció tan singular hasta que sentí bufar los gatos. Son mi cable a tierra así que salí a la ventana para registrar el comportamiento.

Un hombre, entonces, salió desde la puerta principal del edificio. Era delgado y de baja estatura. Usaba un polerón a rayas negro y verde con un capuchón que cubría perfectamente su cabeza y le llegaba más allá de sus rodillas. Un enorme bulto negro se posaba sobre sus hombros. Pensé en Carlos del 102, pero no cuadraba con el perfil físico.
Tampoco el hijo de la Sra. Irene del 103. Mi curiosidad pudo más cuando quedé en evidencia que podía tratarse del vecino del 201. No pude evitar observarlo mientras cruzaba la calle en dirección a Matucana. Decenas de gatos grises y negros le salieron al encuentro. Parecían escoltarlo, mientras el resto, agudizaba los sentidos desde los tejados.

No dudé y corrí por las escaleras hasta la calle. Esperé unos minutos y antes de que se me perdiera de vista lo seguí. Los gatos negros y grises caminaban a mi lado. Era más bajo y delgado desde esta perspectiva, pero caminaba muy sigiloso y rápido con el bulto en su hombro.

Cruzó Matucana y mantuvo el tranco un par de cuadras más, mientras yo seguía sus pasos a poca distancia. Los felinos ya iban de vuelta a su hogar. Fue ahí cuando me distraje y seguramente el hombre notó mi presencia. Se detuvo.
Sin mirar atrás. Hice lo mismo, tratando de ocultarme tras los viejos arboles añosos de la entrada del Parque Quinta Normal. Probablemente un grave error pues cuando volví a mirar había desaparecido. Corrí un par de cuadras más pero del hombre ni rastros.

Regresaba desanimado a mi casa cuando divisé un centenar de gatos ingresando al parque. Me pareció un comportamiento gatuno muy inusual así que me encaramé por la muralla para observar. Y fue cuando logré divisar la silueta del hombre a lo lejos aún con el bulto sobre sus hombros. Una película de Hitchcock pasó por mi cabeza. Debía detener lo que fuera que este hombre pensaba hacer. Salté el muro a duras penas. Nunca he sido un gran deportista, por algo me dedico a escribir, así que fue más difícil de lo que pensaba costándome una herida en el rostro tras caer de bruces del otro lado. Me sequé la sangre con el chaleco y traté de no desanimarme. Parecía que ya lo perdía cuando lo increpé.

"Deténgase. Conozco su secreto, ya no logrará ocultarse más. ¿Qué lleva en ese saco?", grité descontrolado, pero el hombre no se dio por aludido y continuó con su tranco rápido. Los gatos se erizaron y comenzaron a bufar frenéticos. Eran demasiados felinos resoplando. Estaban enloquecidos en una conducta que nunca había experimentado antes. Una revuelta me llevó de espaldas contra una piedra. El brillo de la luna en medio de los árboles es lo último que recuerdo. Así, sin explicación, desperté en mi cuarto con una intensa jaqueca. No estoy demente y nunca lo he sido por lo que descarté la posibilidad de una pesadilla. Apresurado me levanté y me miré al espejo recordando la herida en mi cara. Y ahí estaba. Era patente y clara como lo que había ocurrido la noche anterior.

Descontrolado salí al balcón, debían ser como las tres o cuatro de la tarde, así que intenté hacerle señas a la pequeña oriental del 201 pero las ventanas parecían selladas.
Lamenté que no estuviera ahí. Tampoco estaban los gatos del hogar. Ni uno solo se asomaba por el tejado. No había maullidos, ni ronroneos. Imploré que aparecieran de un momento a otro. Cómo podría continuar con mi novela en esas circunstancias.
Un griterío en la calle me sobresaltó. Decenas de vecinos hablaban y murmuraban mirando de un lado a otro. Estaban la Sra. Irene y su hijo moviendo sus brazos, la casera del *minimarket*, Don Juan de la panadería descontrolado y un sinfín más de personas que no lograba reconocer. Carlos del 103 me hacía seña para que bajara lo antes posible.

"El hombre era japonés o chino aún no logran identificarlo. El cuerpo estaba despedazado. Dicen que lo atacaron animales. Fue en el Parque Quinta Normal. Cada día ese lugar está más peligroso…", relataba doña Irene, mientras el resto la escuchaba como si estuviese dando las noticias. "Parece que era una menor… de cinco o seis años. Realmente una pena", continuaba como si tratara de un cuento o fabula. Escuchaba a tientas. Estaba atónito. Comencé a desesperarme. La historia me conducía a otra parte. Sentí que moriría justo ahí. Estaba experimentando un ataque de pánico hasta que por fin alguien gritó desde el gentío: ¿Y dónde están los gatos?

Jacqueline Soto Marchant
(seudónimo: Albertina)
Santiago de Chile (Chile)

EL SALTO DE LA LIEBRE

LA NOCHE ESTABA envuelta por el canto de los grillos y el ulular lejano de una lechuza. Un viento suave recorría el campo contorneando la hierba. A unos metros el canal de regadío creaba una melodía con sus aguas, las que recorrían tranquilas el lecho mientras reflejaban a una luna menguante acompañada de estrellas. En medio de la hierba había instalada una carpa. Dentro, una lámpara encendida con un pequeño balón de gas, iluminaba los rostros de tres personas. Un ave nocturna aleteó cerca. Los rostros se observaron asustados.

—¿Cuál era tu idea? —preguntó Valeria mientras su pequeña hija se aferraba a su cintura.

—¿Qué pasa? ¿Se quieren ir? —respondió molesto Esteban. Tomó un juguete de su hija y comenzó a hacer gestos graciosos para que ella se sintiese tranquila.

—No sé por qué te hice caso —Valeria acariciaba los cabellos de la pequeña Andrea. La niña de vez en cuando levantaba la cabeza y observaba con extrañeza el rostro de su madre.

El agua del canal se coludía con las ramas de los árboles que se movían de tal forma que parecían murmurarse entre sí los secretos de la noche. A lo lejos, muy débilmente, parecían escucharse voces.

—¿Y eso? —peguntó Valeria.

—Son los árboles —respondió Esteban.

—No. No parecían árboles —la mujer miraba alrededor de la carpa como buscando alguna compuerta que la guiase hacia un lugar más seguro.

Esteban se llevó las manos a la cara. A propósito, suspiró fuerte. La noche en la carpa no estaba cumpliendo la función que él había pensado. Intentó tranquilizarse. Cerró los ojos y se dejó guiar por el canto de los grillos.

Recordó su infancia en ese mismo campo: en ese tiempo sus abuelos aún tenían fuerzas como para llevar una vida campesina repleta de sacrificios. Un día, su abuelo había estado haciendo una zanja para que el agua del canal se irrigase en el huerto y Esteban le había acompañado. Eran más o menos las siete de la tarde cuando ya la oscuridad se había apoderado de casi todo. El hombre detuvo su trabajo y se quedó quieto, en silencio, mirando fijamente un matorral. El niño tironeó de un brazo a su abuelo y le preguntó:

—¿Qué miras, abuelito?

—Una liebre, Esteban. Una liebre.

El niño se acercó con curiosidad hacia el pastizal. Escuchó la quebrazón de unas ramitas. Entonces, entremedio, unos ojos brillaron y se fueron a perder cobijados bajo los accidentes del terreno.

—¡Uh! —gritó el niño con emoción.

El abuelo se movió el sombrero. Dio una risa.

—Son liebres. Corren fuerte.

Abrió los ojos. Valeria y Andrea parecían más tranquilas.

—Este lugar es hermoso —dijo él entusiasmado.

Valeria no contestó. Sin embargo, dejó esbozar una tenue sonrisa.

—Me acuerdo de... —calló.

Luego movió la cabeza— Qué tontería.

—¿De qué hablas? —preguntó él.

—Recuerdo cuando éramos jóvenes y…

Se observaron con complicidad. Ambos fijaron sus ojos en la pequeña Andrea. La niña dio un bostezo.

—¿Y? ¿Y qué?

—Y acampábamos —exclamó Valeria. La sombra de la carpa escondía un tanto su rostro pero la luz de la lámpara terminó por poner al descubierto su rubor.

—Pensé que no te acordabas —Esteban carraspeó— O sea, pensé que no te querías acordar.

Andrea puso la cabeza en el regazo de su madre. No pasó mucho tiempo para que la niña cayese bajo el encanto del sueño. Valeria la dejó con suavidad sobre una frazada y la cubrió con un saco de dormir. Afuera, el viento pasó con más fuerza, causando un silbido entre las ramas. Los grillos continuaban comunicándose entre sí cada vez más bulliciosos. Esteban alargó un brazo y le tomó una mano a su esposa.

—Valeria, ¿salgamos afuera un rato? Aprovechemos que Andreíta duerme.

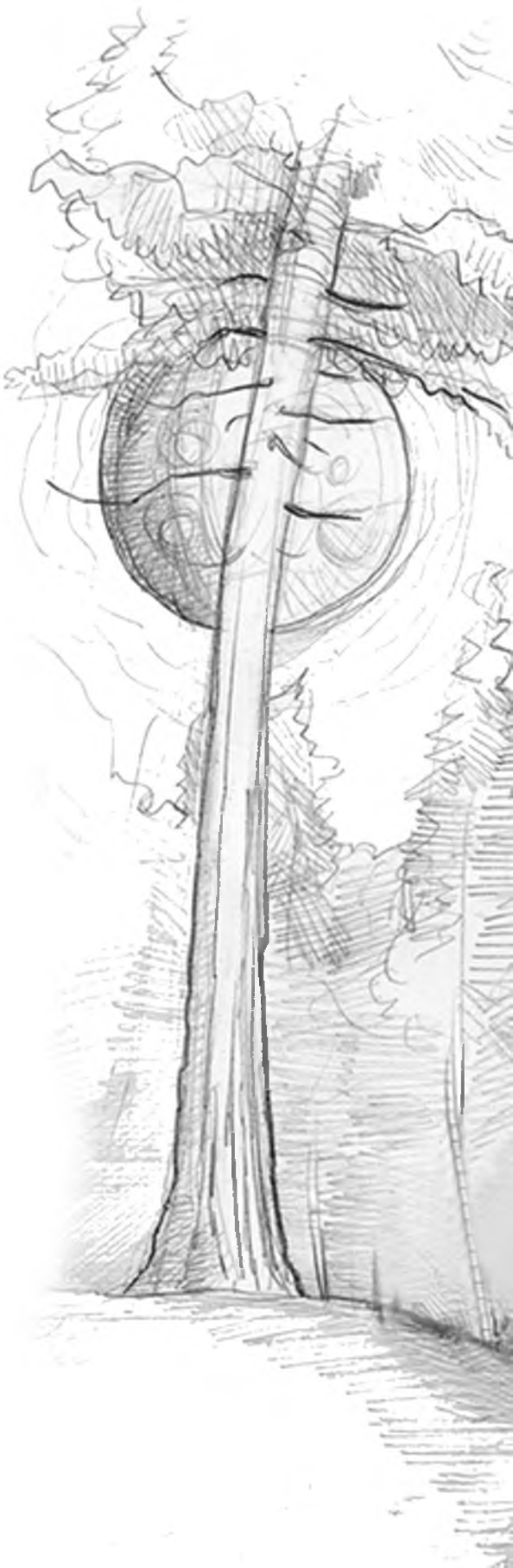
La mujer frunció el ceño. Observó a la niña con dulzura.

—¿Estás loco? —dijo.

—Pero será aquí, al lado de la carpa. Quiero que hablemos, ¿ya?

No muy convencida, acompañó a Esteban. Se quedaron de pie al costado de la carpa.

—Mira arriba —exclamó Esteban— Y pensar que son las mismas estrellas que observaba cuando niño.



Valeria dio una risita seca.

—Las estrellas no cambian —dijo.

Luego de estar un rato mirando el firmamento, Esteban se acercó hacia su esposa y le susurró al oído: "Valeria, perdóname, por favor".

La mujer se pasó molesta una mano por la oreja. Alrededor, la noche era frágilmente pincelada con el brillo de la luna. Al fondo, un bosque de pinos, eucaliptos y robles daba la impresión de ser un gran mitin de gigantes, que amparados en la oscuridad planeaban en murmullos un plan que el ser humano jamás comprendería.

—Eso pasó hace tiempo, Esteban —contestó con una voz apagada. El viento levantó sus cabellos— Olvídalo de una vez.

—Sí, lo sé. Fue hace harto tiempo pero siento, y estoy seguro, que aún te duele y no me puedes perdonar.

Valeria avanzó unos pasos, como si hubiera olvidado la carpa y a Andrea. Se acercó a una zanja que estaba seca. Algo hizo un ruido y se escabulló tras unas zarzamoras. Levantó la cabeza, alerta. Esteban se puso a su lado.

—Valeria, ¿qué pasa?

Ella levantó un índice pidiendo a Esteban que pusiera atención.

—¿Escuchas? Son esas voces de nuevo.

—Son los árboles, mi amor.

Valeria le observó incrédula. Ese "mi amor" no parecía producirle nada en particular.

—Quiero que la aventura de esta noche sea un símbolo.

—¿Qué es lo que temes?- preguntó ella de sopetón.

—Que te vayas... —Esteban tomó una mano de la mujer. La sintió fría— Y te lleves a Andrea...

—Así que eso piensas- contestó ella poniendo atención a las voces que creía escuchar.

—Siento que ella se está alejando de mí. Que quizás tú...

—¿Y acaso yo tengo la culpa? Tú mismo te estás alejando de ella, de todos... No yo.

—Mira, Valeria. Te necesito...y necesito a mi hija. Sin ella...

—Sin ella nada tendría sentido. ¿Eso querías decir?

—Ella nos une...

De pronto se escuchó un sonido entre la hierba y Andreíta llamó a su madre. Ambos corrieron hacia la carpa. La niña la había abierto y observaba con ansiedad hacia su alrededor. Valeria y Esteban la abrazaron.

—Qué pasó, mi niña? —preguntó la madre.

—¡Mamá! Algo andaba afuera de la carpa. ¡Daba como saltos!

—¿Saltos? Entonces era una liebre. Las libres dan saltitos y aquí hay muchos de esos animales.

—¡Quiero buscarla!- gritó la niña.

—No digas leseras. Vuelve a quedarte dormida, mejor —le retó Valeria— Ven.

Entró en la carpa junto a la niña. Esteban se quedó afuera con una sensación de pesadumbre. Dio vueltas alrededor, inquieto. Se subió a un pequeño promontorio desde donde podía observar el curso del canal y el brillo de sus aguas que avanzaban lentas y cautivadoras. Una lechuza volvió a ulular. Una tarde acompañó a su abuelo a encerrar unas vacas. El anciano caminaba con sosiego pero seguro. Llevaba puesto su sombrero y en una mano tenía

un palo con el cual arrearía a los animales para llevarlos hacia el establo. Esteban vio algo extraño al lado de una rosa de mosqueta. Se acercó con timidez. Luego, se agachó para verle mejor. Entonces llamó a su abuelo. El hombre se arrimó al lado de su nieto. Observó la escena con cuidado. Se agachó y tomó lo que parecía ser un lazo de alambre. De él pendían los restos de un animal que había sido devorado por tiuques y ya estaba en descomposición.

—Era una liebre —dijo el abuelo— Los cazadores le pusieron una trampa, un guachi que le decimos nosotros.

Esteban sintió pena por el animal.

—¿Y por qué los cazan? —preguntó con un tono ingenuo.

—Por diversión —contestó el hombre.

Entonces, se llevó al niño de ahí y siguieron avanzando hacia el establo. Esteban volteó la cabeza: un tiuque había bajado y, antes de dar algún picotazo, observó el cuerpo de la liebre como si lo examinara con extrañeza.

Esteban sintió unos pasos. Observó una silueta casi fantasmal aparecer entre la oscuridad. Se trataba de Valeria. Subió al promontorio y se colocó al lado del hombre.

—Se quedó dormida altiro. Tenía mucho sueño —exclamó.

Esteban se volteó a ver la carpa. La lámpara seguía encendida.

—No sé qué irá a pasar con nosotros —dijo ella— pero ya no te quiero como antes. Eso grábatelo bien en la cabeza.

Esteban estaba absorto en el bosque. Le pareció observar siluetas que se movían como manchas de un lado a otro. A lo lejos, un grupo de aves o murciélagos surcó el cielo para volver a internarse dentro de un bosque.

—Hay algo que me gustaría hacer —dijo él. El viento azotaba su chaqueta, en el canal se escuchó una especie de zambullido. La lechuza dejó escapar otro ulular y en el campo se sintió que unos animalillos corrieron inquietos a esconderse.

—¿Qué quieres hacer? —preguntó ella cruzando los brazos.

Esteban se acercó a Valeria. Con una mano acarició su rostro y con la otra tomó su cintura. La aferró hacia sí. Entonces la besó. Valeria no se opuso. De hecho, tomó parte del juego. Tras un costado del promontorio los dos se recostaron y comenzaron a desnudarse. La noche estaba tibia y la luna asemejaba ser un extracto de sol que caprichosa iluminaba tan solo algunos claros. Unas voces avanzaban traídas por el viento. Un par de ladridos hicieron que la lechuza aleteara en vuelo hacia un sitio seguro. Las voces parecían ecos venidos desde el mitin de gigantes arbóreos, confabulando en su ir y venir el gran plan secreto de la noche. Valeria y Esteban se entregaron a una serie de abrazos desesperados, conscientes en su pasión, que ya las cosas habían cambiado. No muy lejos se escucharon unos saltitos que se arrastraban asustados y débiles. Unos pasos más grandes siguieron esos saltos. Cuando Valeria y Esteban acabaron, volvieron sigilosos hacia la carpa. Venían sin decirse una sola palabra. Se sintieron unos ladridos. Más voces.

—¿Y Andrea? —gritó la madre. La niña no estaba en la carpa.

—¡Andrea! —gritó también el padre.

Entonces, tras los ladridos, los saltitos y las voces, se escuchó un disparo.

Rodrigo Guillermo Torres Quezada
(seudónimo: Diplodo)
Santiago de Chile (Chile)

A MARATÓN

PASAN COCHES, pocos, son las tres, el semáforo cambia imperturbable. Lo observo apretado contra la ventana. La luz roja se me instala, entra por los ojos y comienza a perforarme la cabeza. Cierro la cortina y me tiro en el piso, como puedo alcanzo esta cama vacía. Todavía me quedan unas pastillas para ganarle a la noche, y a ese dolor que hoy tiene nombre y apellido. Tranquilo, un médico me habla desde la pulcritud de su escritorio. Yo no levanto la vista, aprieto las muelas, me retuerzo contra la almohada y espero que ceda. Un cuarto de hora en un minuto y medio. Me dejo llevar hasta que el mar lo disuelva. Y desaparezca.

En la playa no puedo dejar de contagiarme de esa mezcla de sensaciones que transmiten los balnearios en invierno. Arqueología de materiales corroídos, que se resisten al abandono del viento y de la niebla. Recuerdos. Siempre en blanco y negro. Y un aire que no pide permiso, se hincha y me empuja. Antídoto que penetra por la boca, la piel, la garganta. Desierto de olas, oxigeno.

—¿Qué tal si corremos?, le digo a Luciano, soltándole la mano.

—Sí, la maratón, te juego hasta el muelle, me grita, y sale despedido sin darme tiempo a atarle la capucha, como siempre que nos atrevemos a la lluvia.

Trotamos, orgullosos de nuestra capacidad para ganarles a todos los que alguna vez nos desafíen. En la playa vacía solo divisamos un perro, seguramente callejero, que no duda en unirse a nosotros. La pista de atletismo está marcaba por las huellas de alguna cuatro por cuatro que nos antecede por la orilla.

—¡A maratón, a maratón...!, gritamos riendo, dándonos fuerza para completar nuestra prueba. Los agujeros que dejan las gotas sobre la arena se hacen cada vez más pronunciados. Se expanden y nos afirman: invitan a ser pisados.

—Te gané papi, esta vez te gané, me porfía al llegar a nuestra meta.

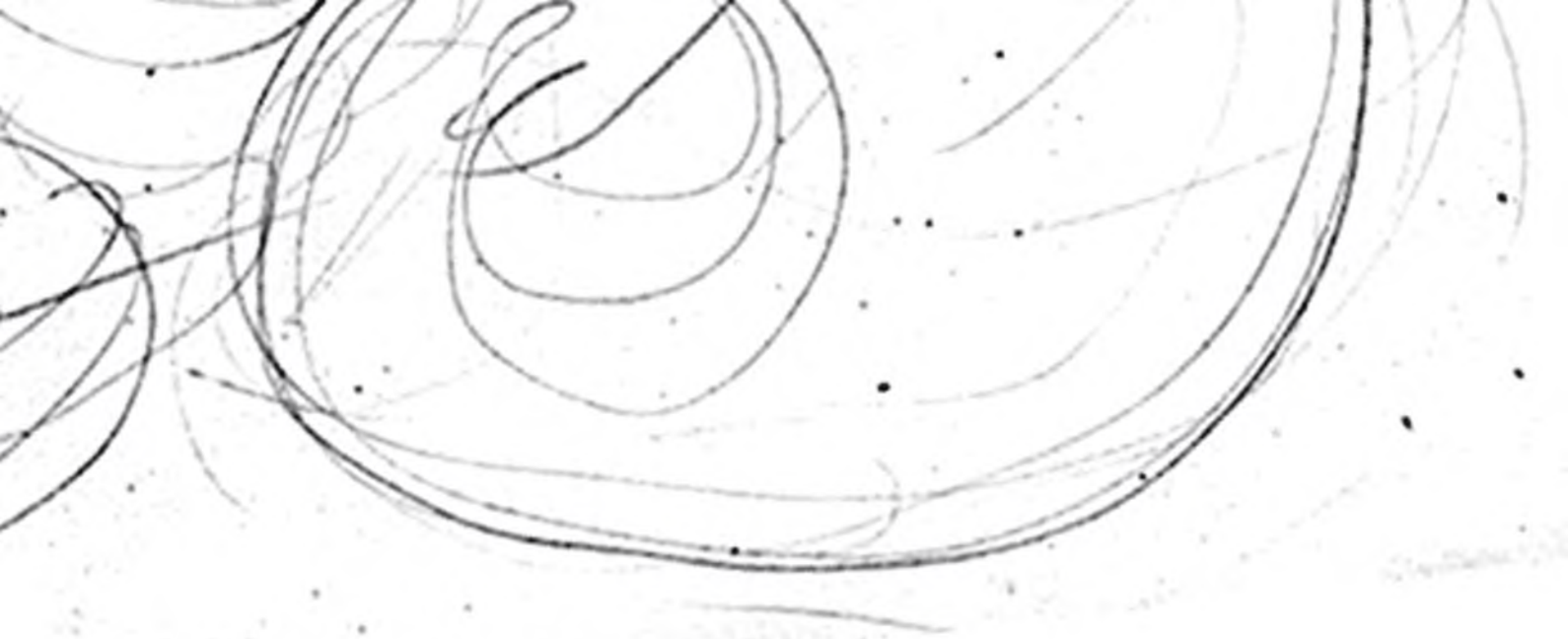
—Vení, sentémonos un rato acá, mientras para, le digo.

Nos quedamos abrazados, quietos por unos minutos bajo las maderas desvencijadas del muelle de pescadores. Extrañamente Luciano permanece callado como si tuviese más edad, mirando el horizonte indefinido de olas y oscuros nubarrones. ¿Cómo entenderá donde comienza uno y termina el otro?

Él cumple cuatro y yo cuarenta. Los dos tenemos la edad exacta. Esa en la que la inocencia de un niño todavía está tan presente como para no impedir que el asombro se despliegue virgen, sobre un mundo aún no descubierto; o aquella, en la que uno cree haber llegado a la adultez. Punto máximo del que todos queremos aferrarnos, como la espuma de esa ola que se resiste a dejar la orilla.

—¿En qué pensás?

—En nada, andá, recostate contra ese poste del muelle que te saco una foto.



Siempre llevo una pequeña cámara conmigo cuando estoy de vacaciones. Es cierto, no tendrá la nitidez de la vieja Minolta de mi padre, pero por su tamaño me permite llevarla sin que moleste en el bolsillo de la campera.

—¿Va Luciano?

Y él comienza a realizar su tanda conocida de morisquetas. Niño de ojos azules, profundos, alegres, que miran, se asombran, se ríen, y frunce el seño, se enoja y llora desconsoladamente, y el viento lo despeina. Rubio desflecado, prototipo de rockero (del Sting de Police), boca que se abre y se cierra, labios finitos que se mueven –siempre se mueven- mentón pequeño, pómulos colorados, que se inflan y se meten para adentro.

—¡Quieto Luciano, por favor!

Miro por la mirilla de la cámara. Lo trato de colocar en foco. Me agacho, me arrodillo en la arena mojada.

Noche fría en la ciudad. Cuerpos que duermen apretados a sus frazadas. Casi todo está quieto, en silencio.

Solo las horas se deslizan, caen sin permiso sobre mi espalda. "De ahora en más tendrá que cuidarse", me dice desde la pulcritud del guardapolvos. "¿Cuánto tiempo? ¿Uno, dos, diez años? Dígamelo, vamos, anímese, se lo pido". El hombre no habla, apenas si mira, me entrega unos papeles. "Ya nos veremos en una semana".

Apoyo mi ojo izquierdo en la mirilla brumosa. Lo veo a Luciano, con la boca abierta, sonriente, que espera. Me veo cumpliendo cinco, mirando a la Minolta, en blanco y negro. Feliz, con un paquetazo de regalo a lunares rojos en mis manos. Cara redonda, pelito corto, camisa blanca y corbata azul de colegio, y aparece mi madre, de la que solo recuerdo el batido de su cabello. Luego la torta y las velitas en el centro de la mesa, se acercan unos primos. Creo que estamos todos.

—Y dale, que tengo frío, me suplica.

—¡Vaa, eh!, click, ya está.

—Papi, ¿hacemos otra carrera para regresar?

—¿No preferís volver caminando?

—No, dale que tengo que estar entrenado para cuando vuelva al jardín.

—Bueno, le digo resignado. Pero esperá que te ajusto la capucha de la campera, que ya llueve mucho.

—Mirá pa, ahí vuelve el perro. Seguro que quiere correr con nosotros.

Pasan coches, el semáforo cambia imperturbable, la noche se debilita entre sonidos de ambulancias, bocinas y ladridos a distancia. Luciano se acerca como un fantasma y se mete sin preguntar en la cama. Parece que hoy nos quedaremos un rato más entre las frazadas. El punzón deja de comprimirme la sien por un instante. "¿Qué tal si corremos?", le pregunto. Y allí vamos, ¡A maratón, a maratón...!

Paola Cardeilhac
(seudónimo: Pascal)
Ing. Maschwitz, provincia de Buenos Aires

MARIO DE CAPAYÁN

Alguien cantaba una baguala
bajo la luna en Capayán,
y las estrellas se rompían
en lucecitas de cristal.

Víctor Heredia

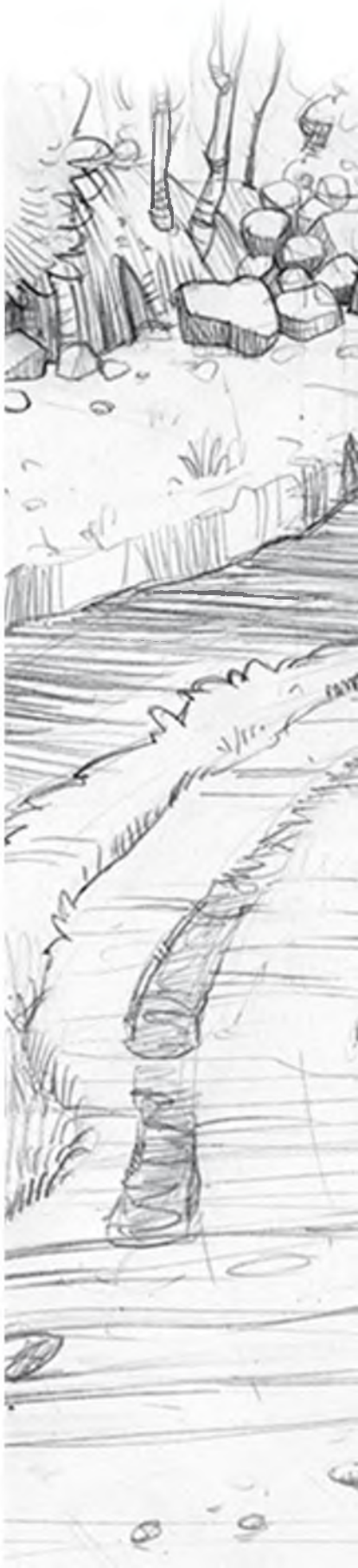
LA ESPERABA

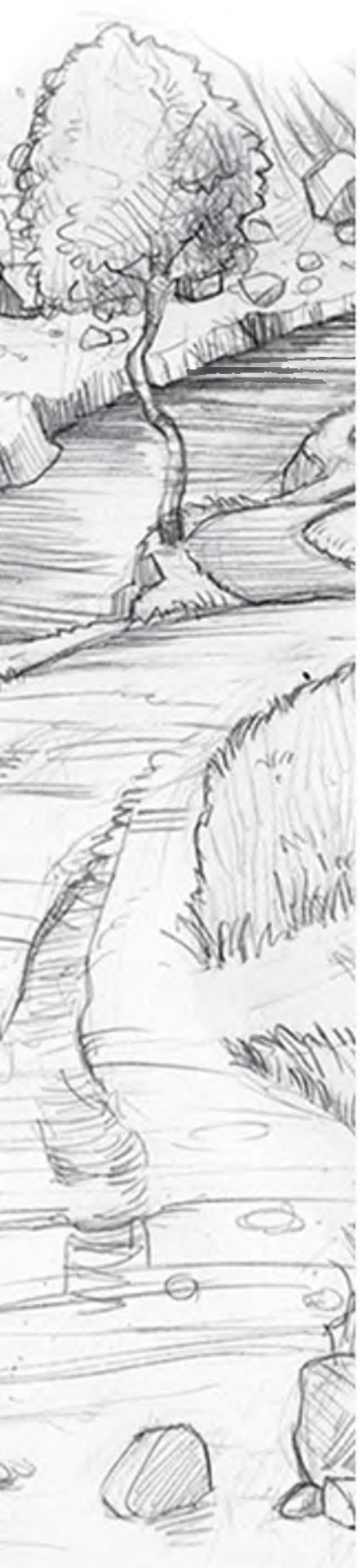
en el primer escalón como cada mañana. La vi llegar por el reflejo en el vidrio del bow window que se asoma sobre la calle de tierra. Cruza, como siempre, desde la finca de Bazán. La puedo ver desde allí. Salta la acequia y bordea el corte de la roca y malezas hasta llegar al portoncito. Si está abierto, la más de las veces es así, sube despacito. Se detiene en algún escalón, disfruta del sol, mira, me busca. Catalina nunca llama, espera a que yo salga. Sabe que voy a salir, que no puedo dejarla esperándome. Nos saludamos y nos quedamos toda la mañana allí.

La calle de ripio en mal estado es estrecha y sinuosa. Hacia arriba no tiene fin. Trepa serpenteando hasta el estanque de agua que alimenta la acequia y a dónde van a parar las lluvias y las vertientes de las crestas de los cerros. El camino sigue subiendo hasta disolverse unos pocos metros, quinientos, seiscientos quizás entre pasto y ripio, entre ripio y pasto, un poco de roca y finalmente solo pasto y roca. Hacia abajo, veinte kilómetros de fincas hasta la espalda de la iglesia. Y en su trayecto: la villa sur, el destacamento con su plaza, fincas, vados y precipicios. Empezándolo al revés, desde la ruta 38, el primer tramo desde el fondo de Miraflores, al costado de la iglesia es una recta que amenaza chocar contra la base de la Sierra de Ambato y luego comienza a subir la montaña por una traza angosta por la que pasa un solo auto y si baja alguno hay que hacer alguna pirueta. Detenerse, pegarse a la roca o al precipicio para que pueda pasar.

Desde que comenzaron con las obras se escucha un run run más fuerte que el de los propios ruidos de las máquinas y trabajadores.

En el aire, en el ambiente, los nogales y el arroyo rumorean algo ancestral. A veces baja con el agua desde el alto y otras veces de las raíces de los árboles, de entre las hojas, como si fuera un tenue humo sonoro. No crece, ni prospera, está presente y antes no estaba: el progreso.





Vivimos en la Villa Norte y la calle, la única calle, es parte de la Cuesta de Los Ángeles. Sobre la banda oeste, trepando la ladera del cerro está mi casa. El último terremoto le abrió una rajadura en la pared del living por la que se ve el río. El viejo estaba asegurándola con llaves de varilla de hierro antes de cerrarla y revocarla pero se murió.
Quedamos Graciela y yo. Somos pocos y estamos cerca del parador municipal. Los fines de semana se anima si algún aventurero llega hasta allí para hacer un asadito. Aramburu del otro lado del río, Bazán en Agricultura de zona y Martínez justo enfrente, entre la calle y el tajo de agua. Apretados entre el arroyo y la roca vivimos tranquilos soles y en general no hacemos más que esperar a abril para cosechar las nueces. Para no aburrirnos, higos, cuaresmillos y membrillos nos van entreteniendo durante el año. Los demás, los dueños de las otras fincas, ni siquiera aparecen. Quedan las fincas tiradas, agarradas a la ladera, sostenidas por algún olivo haciendo lo posible por no derramarse y terminar en el río. Ahí se quedan esperando que alguien las vaya a visitar o saquear cuando llega abril y los dueños no han aparecido. Visitantes desconocidos van apilando las bolsas de arpillera llenas de nueces sobre alguna tapia de linde y en unos minutos alguna camioneta bien dispuesta, las carga para desaparecer. Sabemos quién es. El mismo que nos compra a nosotros la producción.
Paga exactamente la mitad de lo que nos darían si la lleváramos a la capital por nuestra cuenta.

Los días poco cambian y aun así son tan distintos cada uno. Los sonidos siempre son diferentes y el río tiene distintas voces y colores. A veces pasa despacito como nosotros, mirándonos y otras veces exagera y grita e inventa mejores actividades montaña abajo.

Catalina llegó de mal humor. Igual pasamos la mañana juntos. Ni siquiera cuando Graciela salió a barrer el porche se le coló por la puerta entre abierta, como hace siempre para entrar a comer algo. Tiene la costumbre de entrar cada vez que la puerta se abre, así sea cien veces, ella entra, come y sale.

Al gobierno nuevo, a pesar de que recién comienza el mandato y ya no necesita votos, se le dio por asfaltar y ensanchar la calle. Lo poco que la van a poder ensanchar.

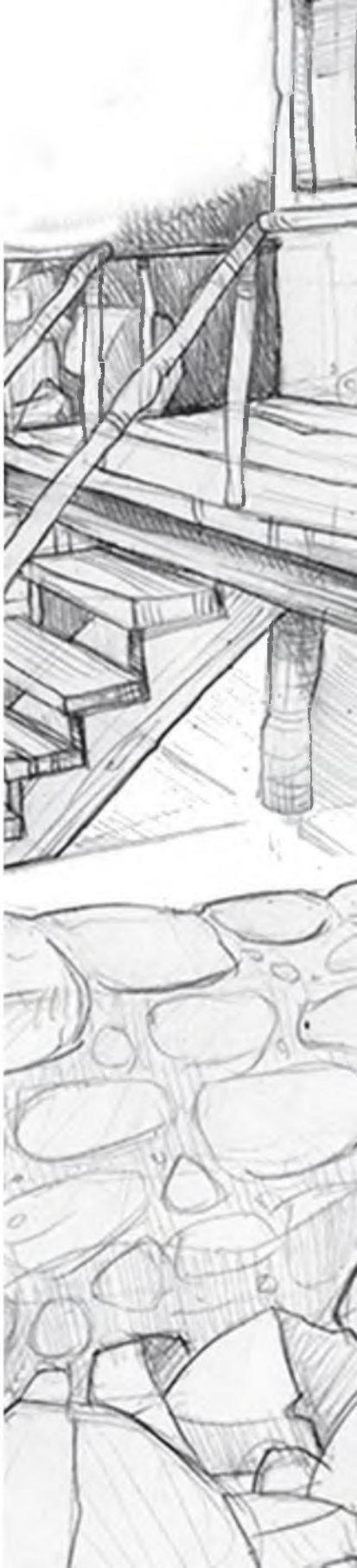
Vecinos nuevos no hay, los más nuevos somos nosotros y ya llevamos seis años aquí. La escuela que está en la Villa Sur enfrente de la capilla y de la policía, cada vez tiene menos chicos. Está envejeciendo el pueblo, como se dice. Si se le puede decir pueblo. Podría ser un caserío, aunque Aramburu dice que caserío es un tipo de casa muy grande como en la que en España vivía él de chico en los montes del país Vasco.
En Andoain, antes de venirse con sus padres con la guerra a cuestas. Para fin de año, que pasamos la noche buena en alguna de las casas, segundos antes remeda una campana con el mango de una cuchara y una copa. Con cada tañido come una uva. Quiere contar doce pero a la undécima ya está llorando y no puede pronunciar ¡*Zorionak eta urte berri on!* (¡Feliz año!) Se queda moqueando la nostalgia que nos ataca a veces a todos que le completamos la frase que aprendimos de tanto escuchar. Llora por un lugar en donde estuvo peor que ahora, donde la pasó mal y recordarlo misteriosamente le hace llorar.

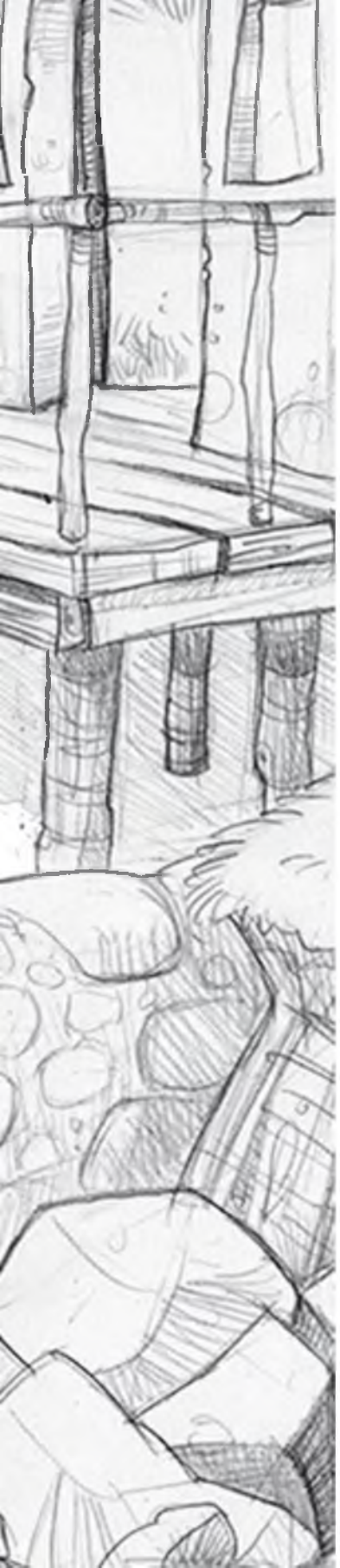
Somos pocos pero nos queremos y respetamos. Nos cuidamos y ayudamos entre todos. Lo que uno no tiene el otro lo presta. Cosechamos juntos cada finca y juntos desmalezamos y barremos bajo los nogales para tener lista la cama donde las nueces van a caer. Reparamos los cañizos y construimos nuevos con las tacuaras que crecen a orilla de la acequia y del río.

El año pasado el asfalto llegó hasta la gruta de la virgen pero ahora está terminado hasta la plaza de la villa sur. El más viejo del pueblo, cuando vio terminado el tramo, al verlo liso y negro y muy ancho se quedó mirando un rato largo y dijo: "ahora podemos volvernos".

Nadie le prestó atención. Ahora entra una camioneta grande y podemos hacer una mudanza. Eso fue lo último que dijo o que le recuerdan haber dicho. Al día siguiente vino el hijo y se lo llevó para San Fernando.

Está enojada Catalina, muy molesta. No me acompañó a la verja cuando el sol se había corrido. Desde los escalones de abajo se la ve tan bella, brilla. Como en un escenario solo para ella. Sabe que la miro y que me encanta hacerlo. Se hace la dormida pero de tanto en tanto abre un ojo y se asegura de que yo esté. Se siente segura y querida.





Desde donde está ella podemos ver todos los movimientos de la calle. Vemos detrás del río y de los nogales de Martínez cuando se asoma la señora de Aramburu y revolea el agua turbia del fuentón donde lavó la ropa. Después se mete adentro de la casa y en el mismo recipiente trae retorcida como en chorizos las prendas para colgar. Se estira y las va tendiendo una a una hasta completar el alambre. Ella llegó con el quinto o sexto viaje. Subía por el camino con su coche Aramburu y bajó un paquete de trapos envuelto en una sábana grande atada por las puntas. Dejó casi sobre la acequia el coche.

Abrió el portón trasero del 4 L, sacó el bulto, bajó hasta el río y lo vimos los dos trepar la cuesta hasta su casa. Por la tarde, otra vez, durante tres días hizo lo mismo y con el último viaje llego ella. Mucha más joven que él. Nos miramos a los ojos y no pudimos sonreír. De eso fue hace mucho. En esa época no me llevaba tan bien con Catalina. Tengo que reconocer que yo estaba más cargoso. Todo eso fue antes de la operación. Martínez y Bazán ya estaban. Al menos desde que yo recuerdo. Catalina no se animaba a cruzar sola. Yo la iba a buscar y cruzábamos juntos. Del lado de ellos el sol solo baña el frente de la casa al mediodía o esa era una excusa que ponía Catalina porque desde que se había ido la hija de Bazán, él y la esposa vivían peleando, no es que volaran platos pero…

Se ha deprimido mucho sin la muchacha.

Le insistió para que se fuera, que aquí ya no hay futuro, pero ahora está sola y así lo siente. Se quieren, pero solos, es como que a los nuevos proyectos cuesta encontrarlos. Yo la escuché a ella contárselo a Graciela. Con Gracielita la vida es tranquila, ella está siempre de un lado para el otro, va a la ciudad cada dos por tres, cose, hace conservas, molesta poco y pide menos. También hay que reconocer que yo colaboro en todo lo que puedo, estoy atento a lo que pasa, aviso cualquier movimiento nuevo y en estos días he notado que el caserío está como un hormiguero que acaba de reventar. El mismo movimiento que ya se atisba de las máquinas y el eco en la pared de la montaña de enfrente hizo que hasta las hormigas salieran a ver lo que pasa. Cada aldeano dos o tres veces al día se asoma al medio de la calleja para ver acercarse paso a paso los monstruos gritones y amarillos de vialidad provincial. Hasta a veces se quedan tomando mate mirándolas llegar, como un espectáculo. Horribles chorros negros eyaculan entre estertores de motor y roca rota. Nubes de polvo se arremolinan tratando de defender la naturaleza ahogando a esos ogros a petróleo pero no pueden. Se derraman por la

cuesta hasta el arroyo abandonando su infructuosa acción festejando una Hiroshima del progreso tirando piedras al agua. Todo esto durante varios días, meses, cada vez más cerca.

Los días de lluvia, con los ojos cerrados, Catalina y yo, aspirábamos fuerte la tierra mojada y la cáscara de las nueces cuando empiezan a rajarse. Vetas negras que se abren en la piel verde. En ese éxtasis natural nos entraban vapores de alquitrán de las máquinas. No dormíamos, nos quedábamos alertas, Catalina y yo, en el zaguán, como dos amantes recuperándose. Esperando al sol.

Graciela está levantada desde muy temprano, antes de amanecer la escuché. Catalina se había quedado a dormir conmigo buscando algo de amparo en el desasosiego de su casa y la calle. Al amanecer, hasta los nogales amarilleaban por su cuenta y antes de tiempo y el agua de la acequia, bajaba con partículas, vaya a saber de qué, en suspensión. Por la ventana que cuelga sobre la calle las vi asomarse al silencio de las máquinas dormidas estacionadas frente a lo de Bazán, unos cuatrocientos metros de casa, hacia el sur.

Paradas una al lado de la otra miraban detrás de las máquinas una camioneta, de las que ahora entraba en la calle más ancha, cargando bolsas, muebles y paquetes. Silvia la mujer de Bazán se fue. La vino a buscar la hija.

A los dos días, Bazán antes que matarse en su soledad, cargó sus cosas también, cuando las máquinas no nos permitían ni hablar entre nosotros y también se marchó.

El golpe que nos produjo ese día no contar con Bazán ni con Silvia, que se fueron desesperados sin avisar, se traslucía en la mirada de Aramburu y Graciela.

El camino quedó bloqueado Bazán al sur, porque las máquinas en fila tomaban todo el ancho de la calzada. Raspaban los bordes contra las paredes de la montaña y el otro con la pendiente casi a cuarenta y cinco grados hacia las fincas y el río. Varios meses aislados llevamos, pudiendo transitar solo cuando las máquinas lograban estacionarse en alguna entrada a finca, librando la huella.

—Ya llegamos. Todo llega. ¿Vio señora? —le dijo estúpidamente el estúpido con casco de color rojo capitaneando a todos los otros estúpidos con cascos amarillos, cuando el infierno móvil echaba su olor y su mierda negra sobre el piso entre nubes de vapor.

Brillante, humeante, perfecto. Sonreían esperando la aprobación y la gratitud sin darse cuenta que asesinaban una era. La calle nueva tenía casi el doble de tamaño y desbordaba alquitrán sobre la acequia de riego. Graciela lloraba. Cayó vencida sobre el sillón de mimbre del porche trastabillando con Catalina que se me acurrucó al lado. Yo era el hombre de la casa y las vi tan bellas a mis dos mujeres, enseguida me puse de pie. Catalina me miraba con desesperación, no lloraba. ¡Qué hermosa es! Está tan bella como cuando la corría y molestaba y no me acuerdo para qué la corría ni porqué la molestaba. Graciela no podía creer, Aramburu y señora cruzaban el arroyo por entre los nogales y huían por el resquicio que le permitían las máquinas. Solos los tres quedamos como dueños de todo y a la vez cautivos de la tribu de salvajes con casco. Las máquinas avanzaron unos metros de nuestra verja y quedaron allí, frente a las parrillas sobre el río del parador municipal.

Se había enfriado ya la brea cuando cruzamos con Catalina volviendo del paseo por la casa abandonada de Aramburu. Una camioneta desconocida cargaba cosas de Graciela.

—Mamá. ¿Esto también llevas? —Dijo un hombre que traía y llevaba cajas— Son unos días nada más —completó. Graciela cerró por primera vez en mi vida la puerta con llave y se me acercó.

—Mario —me dijo, llamándome por mi nombre, también, por primera vez —Cuidame la casa—. Me agarró la cabeza con las dos manos y me besó en la frente. Cuando me soltó le mordí despacito la mano. No fuerte, como cuando la atacaba escondido tras de la puerta porque me había hecho castrar. Ya la había perdonado. Nos queríamos y nunca más nos íbamos a volver a ver.

Walter Fernando Marcelino Espinosa
(seudónimo: Joaquín Pablo)
Morón, provincia de Buenos Aires

SOÑABA TAN REAL

LAS ALAS DE halcón brillan bajo la luna roja. Las puede ver en toda su extensión solo cuando la mujer abre sus brazos hacia el cielo y deja de bailar la danza sincopada que sigue una música que él no escucha. Detrás de las rocas del acantilado que bajan a la playa, mira sin ser visto.

Alrededor del fogón de piedras, las mujeres de blanco se toman de las manos y armonizan un vibrante "om" que afinaron al tañido de una campana. No danzan, se mueven con la cadencia silenciosa. Sus rostros parecen siniestros, bañados por la luna de sangre. Al mirar hacia el fogón, ve un cuenco y a su alrededor velas, el perfume de hierbas que despide le llega punzante hasta su escondite.

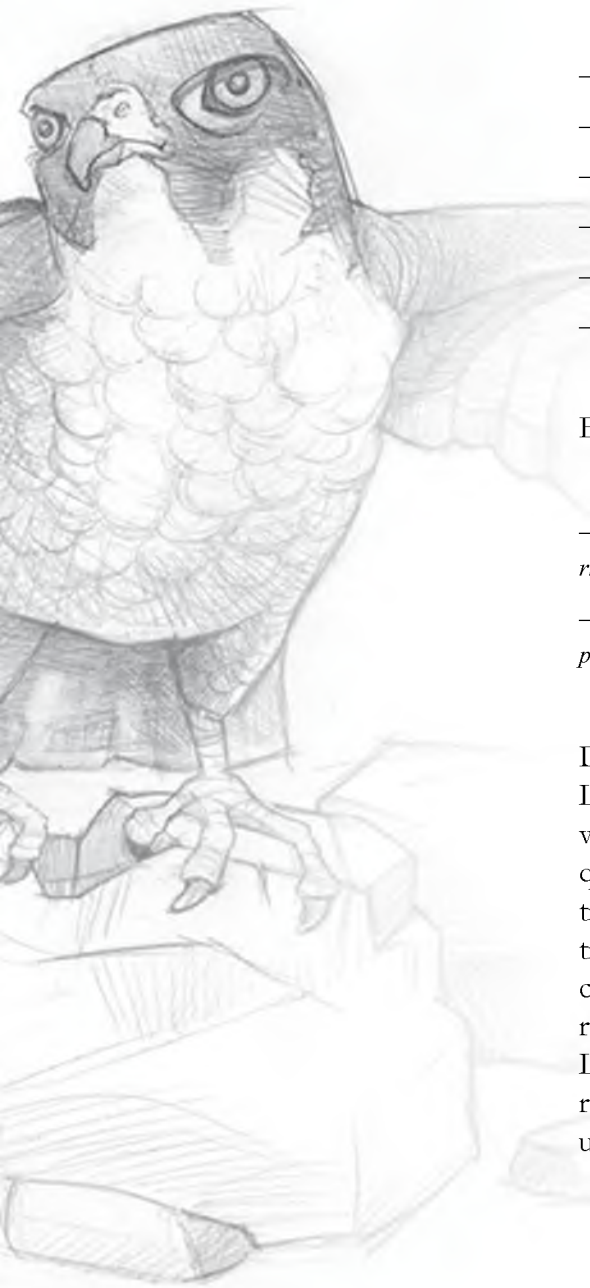
—Te llamamos, Madre Tierra, con tus hermosas profundidades y alturas crecientes, tu vitalidad y abundancia de la vida.

La letanía suena fuerte en el bosque que se funde con la playa y le produce una extraña sensación en el estómago. Las mujeres tomadas por los hombros giran alrededor del círculo de fuego, los ojos cerrados, la canción más intensa, la energía más potente. En un instante, cuando el baile se hace urgente, los vestidos de las mujeres se deslizan y la pintura de sus cuerpos late como su corazón al verlas.

Quiere gritar, gritarles a ellas, que está ahí, que lo dejen estar, que la garganta se le seca de solo mirarlas. El sudor le chorrea por el cuerpo y la cara, y se le mete en los ojos, picante y ácido.

—Dale, ya es tarde, Dante, levantáte.

Se le pega la cara a la almohada. Quisiera quedarse un rato más, saber cómo termina el sueño. Cora está untando una tostada con manteca cuando él entra al comedor. La encuentra radiante, a pesar de ser las 7 de la mañana.



—Soñé algo extraño anoche —le dice apenas se sienta y toma la tostada que ella le ofrece.

—No me lo cuentes todavía. Mi abuela decía que no tenés que contar un sueño antes de desayunar.

Se come la tostada en silencio y se pone a leer el diario. Solo se escucha el crunch, crunch de los dos.

—Hoy llego tarde, no me esperes —ella le dice mientras recoge las tazas.

—¿Dónde vas?

—Me reúno con las chicas.

—Te paso a buscar.

—No es necesario, me traen.

—¿Van a lo de Silvia?

Ella niega con la cabeza.

— ¿Dónde entonces?— se arrepiente al momento de decirlo, suena a interrogatorio.

— A lo de... No la conoces. Cerca de la playa. Chau —le da un beso al pasar y sale apurada.

Dante pasa el día en la oficina pensando en el sueño. Las imágenes de las mujeres se le vienen a la mente cada vez que busca algún papel o revisa una cuenta. Hace mucho que no soñaba tan real. Se acuerda de cada detalle y todavía tiene esa sensación en el estómago. Cuando llega a la casa, lo tienta la idea de llamar al *delivery*, pero al final se conforma con calentarse unas milanesas que hay en la heladera. Mira la repetición del partido del Barza y se va a acostar temprano. La luz de la luna llena ilumina el claro del bosque donde están reunidas. Una de las mujeres dibuja un círculo en el suelo con una especie de daga.

Otra lo rocía con un líquido que tiene en un cuenco de barro. Desde su refugio Dante las ve danzar alrededor del círculo, la mujer de la daga es la mujer-halcón que hoy no usa las plumas; señala al este, al oeste, al norte y al sur con el cuchillo y en cada punto repite palabras que él no escucha. Las mujeres toman a una de ellas por los hombros y la llevan hacia el centro del círculo donde la hacen sentarse en una estera. La mujer de la daga le apunta al corazón y dice un cántico que llega claramente a los oídos de Dante.

Se oculta mejor detrás de la roca de donde domina la escena. Le gustaría distinguir bien la cara de la mujer. El ritual sigue y ellas danzan hacia el sur, donde la sacerdotisa las acompaña blandiendo la daga a la luna. Tres veces rodean el círculo cantando y bailando, hasta que la nueva se arrodilla y le dibujan algo en la frente.

—¡Mirad, Señores de las Atalayas del Este, Sur, Oeste, Norte, nuestra iniciada está debidamente preparada para ser sacerdotisa y bruja!

El despertador le taladra los oídos. Manotea la perilla para apagarlo y darse vuelta para dormir un rato más, pero se arrepiente a los diez minutos, tiene que ducharse y afeitarse. El lado de Cora está frío, Dante se pregunta cómo no la escuchó cuando se fue de la cama. Mientras se echa agua en la cara, el recuerdo del sueño se le vuelve vívido. Tiene la misma sensación que le produjo el primero, pero amplificada. Baja medio embotado todavía y se sorprende al no encontrar el desayuno preparado, ni siquiera la hornalla está tibia. Con resignación, prende la cafetera eléctrica. Cuando el café está listo, se sirve una taza y en su silla encuentra un libro desconocido con aspecto antiguo. Lo alza para leer el título.

—Ah lo encontraste, gracias —Cora le dice mientras se lo arrebata de la mano.

—Buen día ¿no??

—Ay, perdón amor, estoy súper apurada hoy. El gerente quiere que empecemos el balance antes —le da un beso en la mejilla mientras camina hacia la puerta de atrás.

—Pará, tenés algo en la frente.

— ¿Qué? —Cora le pregunta casi del otro lado de la puerta.

—Tenés algo negro en la frente, limpiate.

—¡Gracias! —le grita desde afuera— Llego tarde.

Otra vez.

Dante no se anima a contarle a su compañero de oficina lo de los sueños. Aunque los tiene en la mente como si se hubieran producido hace un rato. Tampoco le dice nada del libro, ni se acuerda cómo se llama, ni de las llegadas tarde de su mujer. Si Cora lo está corneando, lo que menos quiere es que se enteren en la oficina.

Llega temprano a la casa y se le ocurre revolver el living. Algo va a encontrar. No sabe qué, pero algo tiene que haber. Frustrado, decide irse a la cama. Quiere esperar a Cora despierto, le tiene que explicar. En el baño se cepilla lo dientes y se mira al espejo, además de sus ojeras evidentes, algo más está mal, distinto. Recorre con la mirada los cerámicos de la pared, las guardas que hacen juego y se acerca para verlas mejor. Hubiese jurado que esa estrella no era parte de la decoración, la toca pero no se despinta. Obviamente tiene que estar equivocado, al baño nunca le cambiaron nada.

Bosteza y se va a la cama, si se duerme antes de que llegue Cora, hablarán en la mañana.

Ya no se esconde detrás de una roca del acantilado, Dante se encuentra a metros del altar, detrás de unos árboles, desde allí puede ver con claridad la daga y un disco de hierro con una estrella de cinco puntas adentro.

Un hombre vestido de blanco llega y hace sonar tres veces la campana, las mujeres aparecen sin que Dante se dé cuenta de dónde vienen y la mujer-halcón luce sus plumas radiantes a la luz de la luna. Las mujeres en círculo corean unas palabras indescifrables, mientras la mujer-halcón toma tres pellizcos de sal con el cuchillo y los deposita en el agua y luego salpica a todas las direcciones, Dante contiene la respiración cuando unas gotas le mojan la cara.

No sabe de dónde salieron los brazos que lo agarran por detrás, patalea, cree que le pegó al que lo arrastraba por el bosque hasta el altar. No logra soltarse pero piensa que alguno tiene que haber sufrido su golpe.

Grita sin sonido justo antes de que lo pongan encima de la piedra. Está atado con los brazos para atrás, pero igual se mueve como loco para tratar de zafar. Se ahoga, algo le pasaron por el cuello, toma una bocanada grande de aire y siente que le tocan la cara.

—Calmate, es por nuestro bien.

Parece la voz de Cora. ¿Podría ser ella? Cora, Cora, salváme…

—Sh… termina pronto.

El primer azote lo siente tenso, lejano, lo tira para atrás mientras escucha a alguien llamándolo suavemente por su nombre. Los otros golpes no los siente. Ve su cuerpo en la piedra, a su lado Cora que mira hacia arriba, cómplice. Le sonríe, se desespera. Quiere volver a su cuerpo y no sabe qué hacer.

Despierta sudoroso en su cama. Le arde la espalda y el cuello donde la soga le hizo fricción. Quiere hablar y no puede. Cora se acerca, la ve borrosa. Siente la boca agria, pesada. Ella se inclina y le da un beso.
Trata de moverse, pero no puede. Ataduras invisibles lo unen a la cama. La sonrisa de su esposa lo confunde aún más.

Le grita que lo desate pero no le salen las palabras.

Cora va hacia la puerta. Lo saluda con la mano, en uno de sus dedos resplandece un gran anillo y desaparece sin palabras. Dante trata de incorporarse, pero no puede zafar de lo que lo tiene inmovilizado.

Un hilo de transpiración le cae en los ojos, se sacude como un perro para sacárselo de la cara. Hay algo más que le molesta que no se puede sacar ni sacudiéndose. Se estira para tratar de ver, los músculos del cuello se le tensan por el esfuerzo, por último lo ve: allí en su cama, desplegando las alas en todo su esplendor está el halcón que ha hecho nido.

Patricia Guzmán
(seudónimo: Gloria Abascal)
La Plata, provincia de Buenos Aires

PREDICCIÓN-ADICCIÓN

COMENCÉ POR

medir la distancia entre sus ojos.

No eran ni 3 dedos ni 2 besos de mi boca decolorada. Eran exactamente 4,5 cm. Había mordido demasiadas veces sus mandíbulas. Eran aproximadamente 21,4 cm de superficie maxilar. Y 328 minutos los que yo había pasado observándolas. Por más que lo intento no consigo recordar a qué velocidad el viento atravesaba sus cabellos.

Pensé en pronunciar su nombre. Era claro. Fuerte. Resonante. Julio... La combinación exacta de 5 letras que habían desatado mil mares, mil espinas y mil insomnios en mi ficción. El sonido disfrazado de la ´L´ hacía que latieran mis labios cada vez que lo articulaba:

Julllio.

Decidí pronunciar su nombre tantas veces como lo había hecho los últimos 9 años. Durante 8 días no hablé más que su nombre: Julio era el nombre de las calles, Julio el estampado de mis polleras, Julio la manzana y Julio el nene que me sonrió en la verdulería, Julio todos y cada uno de mis vecinos, Julio el sabor insípido del agua, Julio de noche, Julio de día. Se me hizo tarde para analizar las muestras de laboratorio que había dejado reposando en formol…

Entonces decidí desatarlo. Lentamente. Sentí el goce de cada nudo que se liberaba. Él me miraba. Sentía el color de sus ojos sobre mis hombros. Decidí no pedirle perdón por sus propios errores. Para él… ya era común no ser un hombre libre. En el fondo deseaba seguir así. Atado a nuestros propios pensamientos. Llegó a pedirme que en lugar de desatar las cuerdas, lama por siempre sus heridas poniendo un poco de tequila en mi boca. Susurraba desesperado que no lo desate, que no necesitaba más que pan y agua para tenerlo conmigo. Yo por mi parte no dejaba de pronunciar su nombre… Julio.

Le dije que no era solo su sabor. Que era su voz solapada de domingo por la tarde, que era la muñeca bailarina de paño que sacó una vez de su bolsillo. Lo acompañé a la puerta. Quiso besarme pero le dije que era Síndrome de Estocolmo. Que era tarde. Que quizás en otra vida. Que mejor me llame el viernes. Me dio un poco de asco, sus ropas olían a un amor tan podrido de fracasos.

Entonces lo vi alejarse. Me llamó la atención que se haya ido para el otro lado. Decidí dejar la ciudad. Era tarde para pensar otra estrategia. Entonces encontré unas pinzas. Dicen que tardó dos semanas en volver a su casa. Que solo recordaba el olor a naftalina de las sogas que yo había atado en sus tobillos, sus dedos, sus labios y sus caderas. Nunca más pude volver a mi casa. No sé si por los años, mis arrugas o sus fantasmas. Mi vecina la peluquera llamó para advertirme que mejor no vuelva. Que a la noche lo escuchaba gritar. Y que la letra L hacía latir los ventanales. Que se tapaba la cabeza con la remera. Que todavía hedía a fracaso.

Pasaron otros 9 años. Conseguí 2 títulos universitarios, 3 maridos y 17 nuevas ciudades. Nunca una simple combinación de 5 letras y una distancia de 4,3 cm me hicieron olvidar la primera vez que desee atar sus tobillos a mi destino.

Natalia Soledad García
(seudónimo: Soy)
Neuquén, provincia de Neuquén

LA INTERCESIÓN

I

—¿Y CUANDO VIENE?

—Pasado mañana. Me pidió que no hubiera mucha gente, porque no quiere quilombo.

—¡Pero qué hijo de puta! Encima no quiere vernos...

—Además me pidió que levantemos la carpa.

Un año antes la empresa en la que trabajaban había quebrado, dejando en la calle a más de cien personas. En aquel momento los delegados le pidieron al síndico de la quiebra, un abogado de apellido Vázquez, que les permitiera cuidar la fábrica; él los autorizo y la cuidaron durante semanas. Pero Vázquez cambió de opinión, y un buen día llegó con una empresa de seguridad privada que los sacó de la planta.

Durante un tiempo, los despedidos se quedaron en sus casas esperando novedades que nunca tuvieron. Algunos consiguieron una nueva ocupación, pero la mayoría esperaba un milagro que les devolviera el trabajo perdido; sin embargo, a pesar de la esperanza, un cartel en la entrada de la planta anunció el remate, que ocurriría un mes después.
Ese día, una multitud de casi 200 personas logró frenar la orden judicial, y desde entonces permanecía instalada una carpa en la puerta de la fábrica, sobre la vereda, junto a la ruta 23, entre San Miguel y Moreno. Pero el reloj corría, y el remate, más tarde o más temprano, llegaría.

—¿Y entonces? ¿Cómo seguimos? —preguntó Diego, que aún era reconocido como delegado general— ¿averiguaste lo de la municipalidad?

—Me dijeron lo mismo que antes, nada nuevo. —dijo Luis, un viejo delegado —Armar una cooperativa va a llevar mucho tiempo. Me dijeron que nos pueden ayudar, pero es bastante quilombo, y que eso de las fábricas recuperadas es un asunto político, la verdad no me gustó nada como lo encaró ese gil.

—Pero no importa si te gustó o no, hay otras fabricas que les pasó lo mismo y se arreglaron —dijo Antonio, un matricero que impulsaba la autogestión.

—Pero no me gustó que se quieran meter los políticos, que siempre te acuestan —dijo Luis

—Claro, porque ahora estamos fenómeno –dijo Antonio

—La única lucha perdida es la que no se da. —dijo Axel, que militaba hacia poco tiempo en el Partido Obrero -Yo digo que empecemos a funcionar de prepo, prendamos las máquinas y empecemos a vender.

—Pero boludo, si no tenés permiso hasta podés terminar en cana, no podemos ser ocupas —dijo Johnny, que siempre se oponía a la idea de Axel

—Tampoco podemos seguir en la carpa y con la olla para siempre. —terció Antonio— yo no quiero vivir más del laburo de mi jermu, ni de alguna changa que salga.

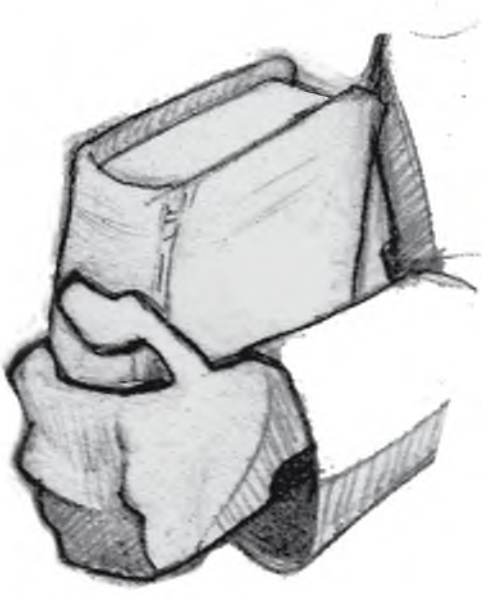
—Lo de boludo te lo metés bien en el culo, pelotudo —dijo Axel con la cara roja a Johnny.

—Para, che, para, no te hagas el ofendido, que estamos todos igual —calmó Diego—; ninguno nos llevamos un mango a casa, todos queremos zafar, pero no va a ser ni de prepo ni puteándonos entre nosotros.

—A lo mejor se pueda intentar un camino que hasta ahora no seguimos, compañeros —dijo el padre José, quien acompañaba a la asamblea desde el inicio— Lo que nunca hemos intentado es llegarle al corazón.

—¿Al corazón de ese turro, padre? Vázquez no tiene corazón, tiene una caja registradora nomás —dijo Diego.

—No hablo de ese corazón, mis amigos. Escuchen, por favor.



II

Dos días después de la asamblea, a las cuatro de la tarde, un Ford Focus plateado estacionó en la banquina polvorienta, a metros de donde había estado armada la carpa.

Un colectivo línea 203 Moreno-Puente Saavedra le pasó a centímetros. Vázquez y un asistente bajaron del auto y se encaminaron a la entrada. Ahí los esperaban Diego y Antonio.

—Buenas tardes, Sr. Godoy —saludo Vázquez— Buenas tardes, Sr. Ponce. ¡qué polvareda esta calle!

—Adentro debe estar peor- dijo Antonio —tanto tiempo todo cerrado…

—Me imagino —dijo Vázquez— Igual vamos a demorar poco, solo vamos a hacer un relevamiento de las maquinarias y los insumos que puedan haber quedado.

El guardia de seguridad abrió el candado, sacó la cadena y el precinto de la puerta, e ingresaron. Las máaquinas estaban tapadas por lonas cubiertas de polvo. Los tubos fluorescentes parpadearon un instante y luego se encendieron.

—… De todos modos, —decía Vázquez— lo conversado con la jueza lo vamos a mantener, la nueva firma podría tomar a algunos de los ex trabajadores, pero, obviamente no a todos.

—Eso sería bueno que se los explique a ellos –dijo Diego señalando afuera.

Mientras hablaban en el interior de la planta, un ruido se había intensificado en la calle: gritos, cantos, bombos y redoblantes. Una multitud de hombres, mujeres y niños con banderas argentinas y pancartas de apoyo se había congregado y cortaba la ruta.

Los bocinazos de autos, camiones y colectivos comenzaron a ensordecer la tarde.

—¿Qué es esto, Godoy? – dijo Vázquez mirando por una ventana

—Usted dijo que estuviéramos uno o dos de nosotros, y que sacáramos la carpa – dijo Diego- Bueno, cumplimos. Ahora, no hablamos nada de no hacer una movilización.

—¿Qué creen, que con una batucada van a cambiar las cosas? —dijo el síndico

—Una vez ya les paramos el remate —dijo Antonio— y no nos vamos a entregar.

—Bueno, como gusten —dijo Vázquez— Vamos a terminar la tarea y nos vamos. Lo siento por ustedes, pero si no colaboran, tampoco va a haber acuerdo. Y si no me dejan marchar, llamo a la policía. Es más, ya mismo los llamo, porque me están secuestrando.

—No va a hacer falta —dijo Antonio— ahí vienen.

Afuera el tumulto era gigantesco. El corte de calle, el tránsito colapsado, la sirena de la policía arribando, e inesperadamente arribó un camión de exteriores de televisión. Mientras miraban el caos de afuera por la ventana, la puerta se abrió, y entraron el padre José, junto a una mujer y un hombre, ambos de aspecto distinguido, seguidos por el guardia de seguridad.

—Buenas tardes. Doctor Luis Vázquez, ¿verdad? Soy el padre José, sacerdote de la parroquia, y me acompañan la Sra. Elvira Ramas de Lorenzo, representante de Cáritas, y el Doctor Armando Catalán, del Colegio de Escribanos. Traemos algo para usted.

El padre entregó al síndico unos papeles que este leyó con asombro.

—Pero… pero…

—Si —dijo el padre— la Sra. Jueza de la causa nos ha designado a la Sra. Ramas y a mí como custodios de la empresa hasta que resuelva declarar esta fábrica como recuperada, y darle la posesión definitiva a una cooperativa obrera en formación.

—Doy fe como escribano publico que Usted ha sido enterado de la resolución —dijo Catalán.

Vázquez miro alrededor sin comprender, le devolvió los papeles al padre, le hizo una seña a su asistente y se marcharon. La multitud les abrió paso con una silbatina, y estalló en vítores mientras se alejaban.

III

Al día siguiente la planta comenzaba a parecerse a la de otras épocas; las lonas y el polvo ya no existían, las máquinas estaban listas para encenderse, una cumbia alegre sonaba en la radio. En la oficina, Diego y el padre José tomaban un mate cocido.

—La verdad, padre, no le tenía fe. De verdad, no se ría, pero jamás pensé que pudiera convencer a la jueza. Mire que nosotros le habíamos hablado, una vez fuimos con nuestras familias y ni nos atendió. ¿me va a contar cómo hizo?

El padre José miro a Diego divertido. Sonrió y dejó la taza en la mesa.

—Que esto no salga de acá –dijo el padre— En el fondo, la idea me parecía una locura, pero a veces eso es lo único que queda por hacer. Bueno, al día siguiente de la asamblea busqué a la Sra. Ramas y fuimos al juzgado. Pedí hablar con la jueza, y como no podía atendernos, le dije a su secretaria que volvería al otro día. Y así fue: volvimos, le entregamos la carta, y la jueza no pudo decir que no.

—¿Qué carta?

—La carta que el Papa Francisco le dirigió a la jueza intercediendo por ustedes.

—¡¿El... el... el Papa?!

—Esa misma cara puso la jueza –dijo el padre riéndose.

—Pero... ¿Cómo?... ¿Usted lo conoce de cuando él era de acá?

—No, no lo trate nunca; bah, sí, alguna vez lo saludé pero nada más.

—¿Cómo hizo entonces?

—Estimado Diego: ¿alguna vez viste una carta de intercesión escrita por un Papa? La jueza tampoco, pero la que le llevamos le pareció hermosa. Creo que la debe haber enmarcado y colgado en su casa. Ella, llorando de emoción,

nos contó que la maravilla cuando el padre Bergoglio llama por teléfono a desconocidos, y soñaba con que alguna vez la llamara también a ella. Bueno, en realidad eso nos lo había contado el día anterior su secretaria, en la pequeña charla que tuvimos. Como fuere, ella tuvo su pequeño milagro, y nosotros el nuestro.

—¿La señora de Cáritas sabía que esa carta era una truchada? No creo, parece muy seria.

—Es muy seria, si, pero... ¿quién te creés que escribió con tan linda caligrafía?

Los hombres se rieron y permanecieron un rato en silencio.

—Bueno, Diego, ahora la fábrica es responsabilidad de ustedes. Averigüen sobre créditos, no se duerman, busquen clientes. Hagan cosas buenas, den trabajo, y ayuden al barrio, igual que el barrio los ayudó a ustedes todo este tiempo.

El padre se levantó, Diego lo imitó. En la puerta se dieron la mano; el padre José giro, contempló la planta, los obreros, la vida que retornaba, y los bendijo. Después salió. Cuando ya se iba, Diego lo alcanzó en la vereda

—Padre, una cosa me da vueltas en la cabeza. Si usted tenía todo pensado, ¿para qué nos mandó armar terrible quilombo en la calle?

—Bueno,... primero porque no estaba seguro que fuera a resultar, y tener a los vecinos cuidándote la espalda siempre es mejor. Segundo, para que todo el mundo supiera, televisión de por medio, que hasta en el Cruce Castelar los milagros pueden ocurrir. Y tercero, para que con todo el alboroto que armaron, Dios no se enterara de mi pecadito venial... ¡usurpar al Papa, nada menos! Ahora sí, me voy. No falten a misa el domingo.

El padre saludó otra vez y se fue; en la mañana diáfana, el sol brillaba con fuerza, como sonriendo, y una leve brisa llevaba rodando algunos papeles por la vereda recién baldeada.

Carlos Jorge Rubinstein
(seudónimo: Crub)
San Miguel, provincia de Buenos Aires

UNA CENA INCONCLUSA

DESPERTÓ, EL RELOJ marcaba las seis de la mañana, carraspeo un áspero carajo, ahuyentó el frío y se levantó de un envión para dirigirse al garaje a encender la ambulancia, una Land Rover vieja, así iba calentado el motor para el viaje en ciernes. En el largo recorrido hacia el garaje, se desvanecía la descomunal sombra del toro, que hacía muchos años lo persiguiera en sus sueños. Al pasar por la habitación de los hijos, observó de reojo que todos dormían excepto uno, quizás aquel envuelto con las frazadas de lana y los zapatos puestos. El inmenso toro de cornamenta aguda, se tornó recurrente en sus sueños a los pocos meses de rendir la última materia que lo facultaría como médico egresado de la Universidad Nacional de Tucumán y jamás lo abandonaría. Fue uno de los pocos médicos que regresara a su país de origen, Perú: para "Servir al pueblo" sentencia que de alguna manera resumía los motivos de su retorno; prédica, aprendida con la militancia estudiantil en la universidad argentina, que una década más tarde el operativo independencia, se encargaría de dar por respuesta aquello que la extraordinaria certeza intelectual de izquierda no sopesó.

Por aquel entonces, al poco tiempo de su creación, el prestigio de la Facultad de Medicina de Tucumán, era comparable a la de Córdoba y La Plata, por lo que el joven doctor no tuvo problemas de conquistar una plaza en la posta médica de Junín, el pueblo que lo viera crecer. La posta médica era un edificio recientemente erigido por el Estado, un repetido molde en los distintos pueblos de la sierra central del Perú. Una construcción de dos plantas hecha de ladrillo, cemento y calamina con ventanales grandes; "indicios de un Estado miope, disfuncional" –argumentaba– puesto que las compactas, moradas de aquel viejo pueblo de *Los Reyes* eran de gruesos muros de adobe o piedra, rectos y algunos circulares, los techos del impermeable ischus o tejas y pisos de madera, pensados así, por milenios para lidiar el frío de la puna. Al segundo piso de la posta médica, se accedía por una escalera interna en cuyo descanso del entrepiso se levantaba un amplio ventanal a través del cual se podía ver el garaje y al costado de éste un pequeño cubículo que se usaba de morgue.

Las mañanas en la puna junina son heladas, agrietan la piel, tras las lluvias, sobre las calles amanecen dispersos trozos de espejo que reflejan el cielo, el filo de los techos de paja o los caños averiados forman colgantes de agua congelada y el apretado pasto de los corrales amanece bajo un manto blanco. Cuando el frío calaba los huesos, como aquella mañana del viaje, era frecuente escuchar del doctor: "El pueblo por las noches se criogeniza, sino como explicar tantos abuelos centenarios". Después de encender el motor de la ambulancia, regresó al dormitorio tan rápido como pudo para volcarse de bruces a la cama y recuperar el abrigo perdido; en el camino tropezó con los viejos apuntes del Dr. Carrillo, Ministro de Perón, y reflexionó en voz alta en torno del término *cibernologia*

—Qué sería de la humanidad si tales teorías cayeran en manos de gobiernos autoritarios.

Minutos después se arrebujó y tomó el termo de café que su mujer preparó por la noche para dirigirse a la enfermería, donde Zamora, el único enfermero lo esperaba al lado de la estufa eléctrica, abigarrado en frazadas.

—Buendía Zamora, ¿Cómo amaneció el paciente?

—Buendía Doc. Bien, no volvió hacer fiebre —respondió— ¿Sabes algo de la familia del óbito?

Zamora, contestó —Dicen estar juntando la plata para darle un entierro cristiano, posiblemente lo tenga resuelto en unos pocos días. Están pasando por radio la noticia así la familia se acerque a colaborar, Espero sea pronto, es demasiado el tiempo para un cadáver a la intemperie. No olvide el cartel avisando que salimos a La Oroya.

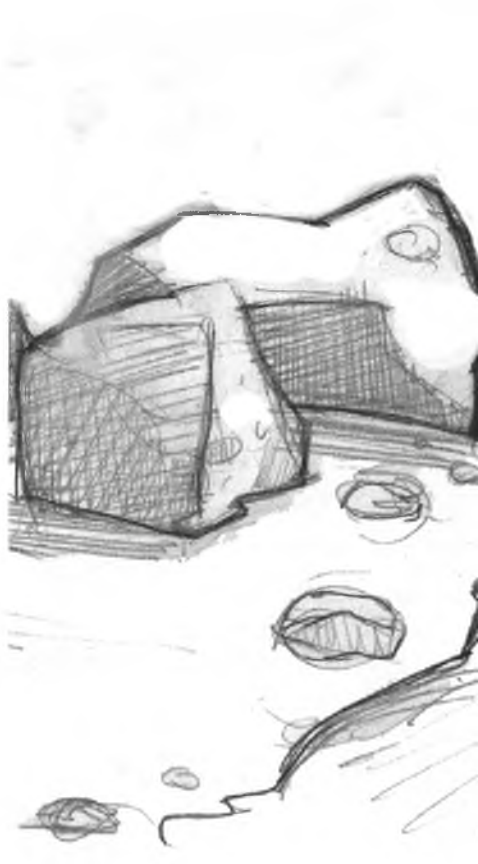
Sin esperar una respuesta y poniéndose el guardapolvo blanco se dirigió al garaje, por un pasillo estrecho donde encontró al hijo que hace minutos, dormía envuelto en la frazada con los zapatos puestos, impostó una voz grave

—pregunte a su madre si lo dejan ir —y a sabiendas que lo dejaría agregó— abrígate bien.

Era habitual verlo al doctor viajar a la ciudad metalúrgica de La Oroya por provisiones. Las veces que pude lo acompañé junto al enfermero Zamora y alguno de sus hijos, que eran mis amigos. Creo que el convite al viaje tenía siempre por razón ensanchar el auditorio para sus cavilaciones y éstas comenzaban ni bien el carro se ponía en marcha.

—Estas ambulancias fueron diseñadas para soportar los trajines de una larga guerra, el techo es de doble chapa reforzada, con eso reducían el impacto de la metrallas alemanas de los caza Arado —y agregó, para el público adulto, deseoso de controversias— el gobierno peruano lo compró a los ingleses cuando éstos ya no lo requerían.

Los muchos relojes, botones y palancas de colores de la ambulancia daban la impresión de una cabina espacial calcadas del *Buck Rogers Comics*, excepcional para los viajes galácticos en el cosmos puneño, sin embargo, en los viajes reales deseábamos poner a prueba los prodigios de la única 4x4 del pueblo. A pocas calles, antes de perdernos en la fenomenal pampa, en medio de los corrales de piedra franqueamos una pequeña placita en cuyo centro aun se halla el busto del Coronel Isidoro Suarez. El doctor señalándolo dijo: "A ese hombre solitario le debemos el triunfo en la Batalla de Junín y ¿saben por qué?, ´por desoír órdenes´. Borges, el escritor argentino le dedicó varios poemas dice que fue su bisabuelo y véanlo aquí desolado en medio de los corrales". Así comenzó un largo monólogo que se extendió en tanto nos alejábamos de Junín sobre el lomo bermejo de una infinita serpiente que se perdía en el abra de la pampa.



La vuelta a Junín se postergó hasta la noche, la encomienda para la Posta de Junín todavía no llegaba de Lima. Aquella cerrada noche, al entrar a la gran meseta pampeana, una relampagueante granizada iba a acompañarnos hasta las

cercanías del pueblo. El camino quebrantaba la nívea explanada, en cuyos flancos, a lo lejos, se alzaban moles de piedra, apuñalando el cielo, valiéndose que la tiniebla licencia impunidad revelada por los relámpagos. Quizás esto último trajo a la memoria del doctor, imágenes que buscó conjurarlas entablando una conversa con el enfermero Zamora.

—¿Duermes? —Preguntó.

— Solo cierro los ojos, pedriscos de esta dimensión vencen mi alma, de chiuchi me aferraba a las faldas de mi madre

—¡Vamos! Zamora, no estás grandecito para estas cojudeces —lo regañó y volvió a preguntar— los otros que hacen ¿duermen?

Zamora, giró la cabeza y nos vio recostados sobre la camilla entre las cajas y envueltos en frazadas

—Creo que sí doc.

—Sabe Zamora —arrancó un relato para distraer el miedo de Zamora— a las pocas semanas de volver al pueblo, después de un largo tiempo y en espera de mi nombramiento y que mi familia llegara de Tucumán, aplicaba con entusiasmo lo aprendido el Noroeste argentino. Una noche de mayor tempestad, después de examinar el último paciente del consultorio me dispuse a cenar, pero el intempestivo cascoteo de caballos del otro lado de la puerta de vidrio catedral me distrajo y escuché que apurados pasos acercaban una figura emponchada de contornos cuadriculados. Golpeó la puerta con desesperada fuerza haciéndola estremecer e hizo levantarme de la mesa:

—¡Espere un momento hombre!, que vas a romperme el vidrio —tuve que increparmás por miedo que por otra cosa.

Tras la puerta oí una voz agitada, algo tímida por la severa advertencia.

—Disculpe don Grima, es una emergencia, a Pantaleón le agarró un rayoy no sé si está muerto.

Sin recordar quién era Pantaleón, me dispuse a abrir la puerta pero antes, dejé el plato de comida dentro de la bicharra para que no se enfríe, después al abrir la puerta registré al joven pastor Timoteo; que apenas dejaba verse los ojos. Llevaba un poncho gris, el chuyo debajo del sombrero y la chalina que envolvía su rostro a la altura de los pómulos. Lo reconocí por los jamelgos que trajo.

—El otro caballo es manso, doctorcito no se preocupe —me dijo.

Lo hice esperar un poco, fui a buscar el impermeable pues aquella noche, como te dije, era peor o igual que ésta. Ambos cabalgamos en dirección del refugio de los pastores a socorrer a Pantaleón. Cuando llegamos el cuerpo yacía en decúbito ventral, las piernas flexionadas, indicio de un último intento por incorporarse y los dedos chamuscados de una mano, prensaba un plato losado. Desmonté de un salto ágil para dirigirme a Pantaleón. Lo único que logré comprobar fue la ausencia de signos vitales.

—No hemos llegado tarde Timoteo —le dije— el rayo lo mató de buenas y a primera.

—¿Qué hacía fuera del refugio en semejante tempestad? —le pregunté.

—Salió un ratito, para lavar los platos. Estábamos a punto de cenar —Respondió.

—Y aquí comienza lo extraño, Zamora. Al terminar Timoteo la frase, arreció la granizada, por lo que usamos una frazada de mortaja, para envolver el cadáver asegurándola con una cuerda a la manera de un matambre. Por falta de espacio en el refugio dejamos el cadáver de Pantaleón afuera, cerca de la puerta, esperando que amaine el temporal, para llevarlo al pueblo.

Dentro del refugio, la espera se tornaba larga, el aguardiente que bebimos ya no abrigaba, la raquítica luz del mechero se desvanecía en la densa oscuridad y el sueño terminó por cubrirlo todo completamente. De repente un golpe sordo, me despertó intranquilo.

—¿Timoteo? —pregunté—

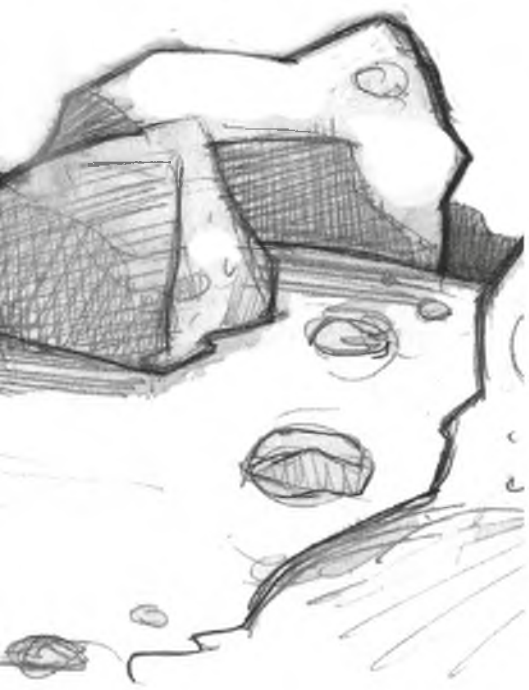
No hubo respuesta, los ruidos continuaban, al tintineo de las ollas y cucharas se sumaron murmullos.

—¿Timoteo?

Volví a preguntar, buscando con dificultad la cajita de fósforos en el bolsillo de la gabardina.

—¡Carajo, Timoteo!

Insistí, algo asustado, al tiempo que raspaba a tientas, el lado esmerilado de la cajita; quería encender el mechero que colgaba del umbral, sin embargo, un tercer intento no fue necesario, los flashes de un largo relampagueo vislumbró el rostro ceniciento del cadáver de Pantaleón, de sus sienes lagrimaba el barro, dirigiéndose a la comisura contraída de los risorios, estaba sentado frente a la mesa con la mortaja desatada hasta la cintura y su mirada gris anhelaba un plato losado, vacío y frente al cadáver de Pantaleón el pétreo espanto de Timoteo.



De un empujón logré sacar del estupor a Timoteo, y ambos en tropel llevándonos los utensilios del lugar por delante, ganamos la puerta, y montamos en dirección del pueblo dejando atrás la escena lúgubre del refugio. Con la cordura que tornaba a medida que nos alejábamos del refugio, decidimos dar aviso al comisario del lugar; un tipo tosco enviado a estas punas, sancionado, quién sabe por qué.

Días después, me citaron para notificarme sobre los hechos.

—Doctor —dijo sonriendo el guardia republicano— para su tranquilidad el cadáver de Pantaleón dejó de andar por ahí pregonando de buena salud, su prestigio está a buen resguardo y —agregó— lo hallaron cerca de aquí en el toconal en un encuentro de dos ríos pequeños. Estaba sentado sobre una piedra, envuelto hasta la cintura con una frazada sucia, con un plato losado vacío entre sus manos.

Luego del informe volví a casa algo perturbado y pensando ¿Por qué desapareció el cuerpo? ¿Quiénes lo hallaron? ¿En la convergencia de dos ríos? ¿Por qué siempre sentado dispuesto a comer?, demasiados interrogantes sin respuestas.

—¿Y qué fue de Pantaleón, doctor? —Interrumpió Zamora.

—Bueno, terminó en la capilla ardiente del cementerio, en espera de que algún familiar lo reclame.

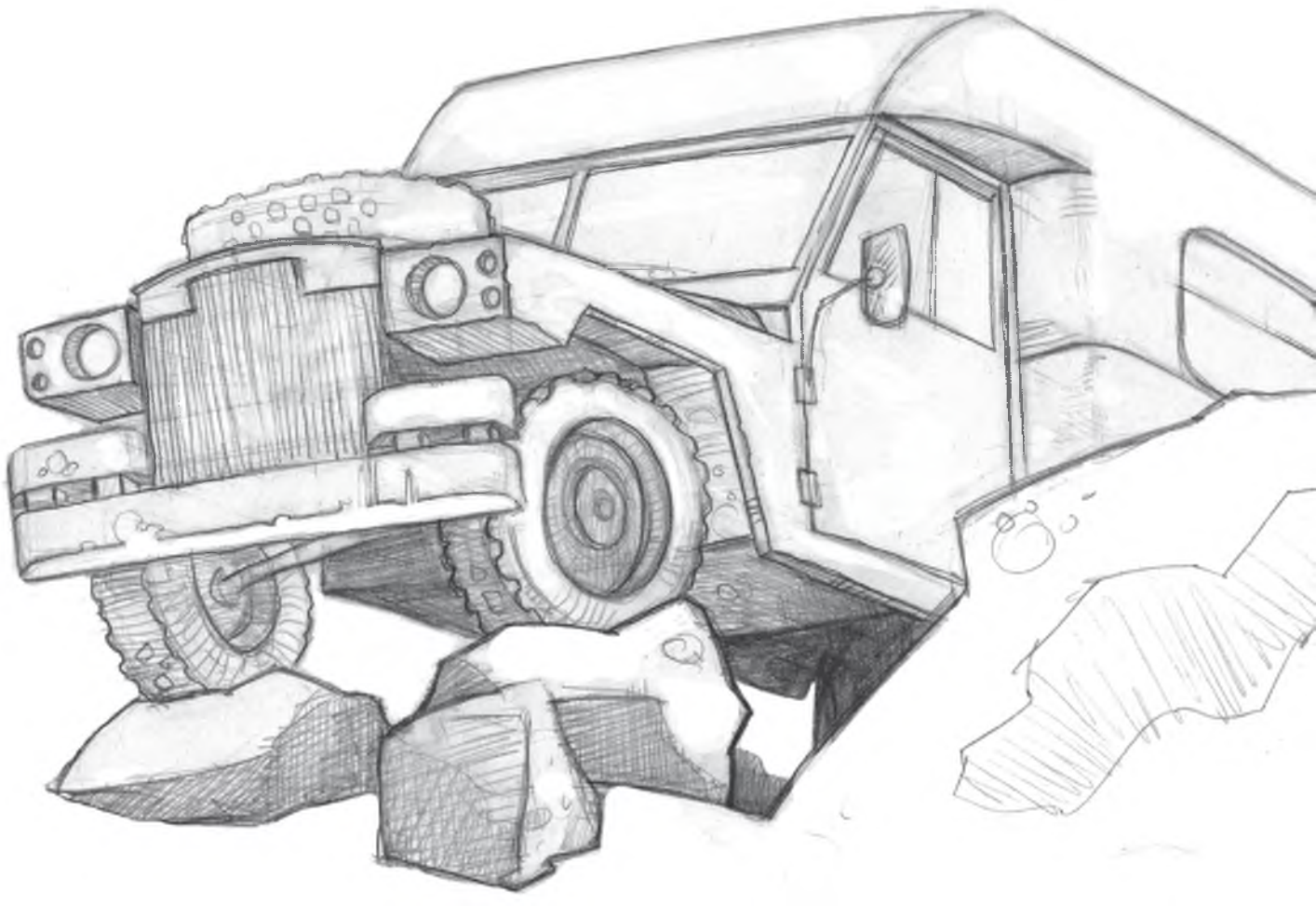
—Sabe doctor, creo recordar ese caso, ¿no eran estos los hijos del viejo Illapa?

—Así es amigo Zamora, pero eso es otro cuento que las nociones de Nicologia del Dr. Carrillo además de los años de ejercicio me ayudaron a desentrañar e interpretarlo y evitó que Pantaleón terminara siendo un célebre condenado, muy común por estos pueblos de la sierra central.

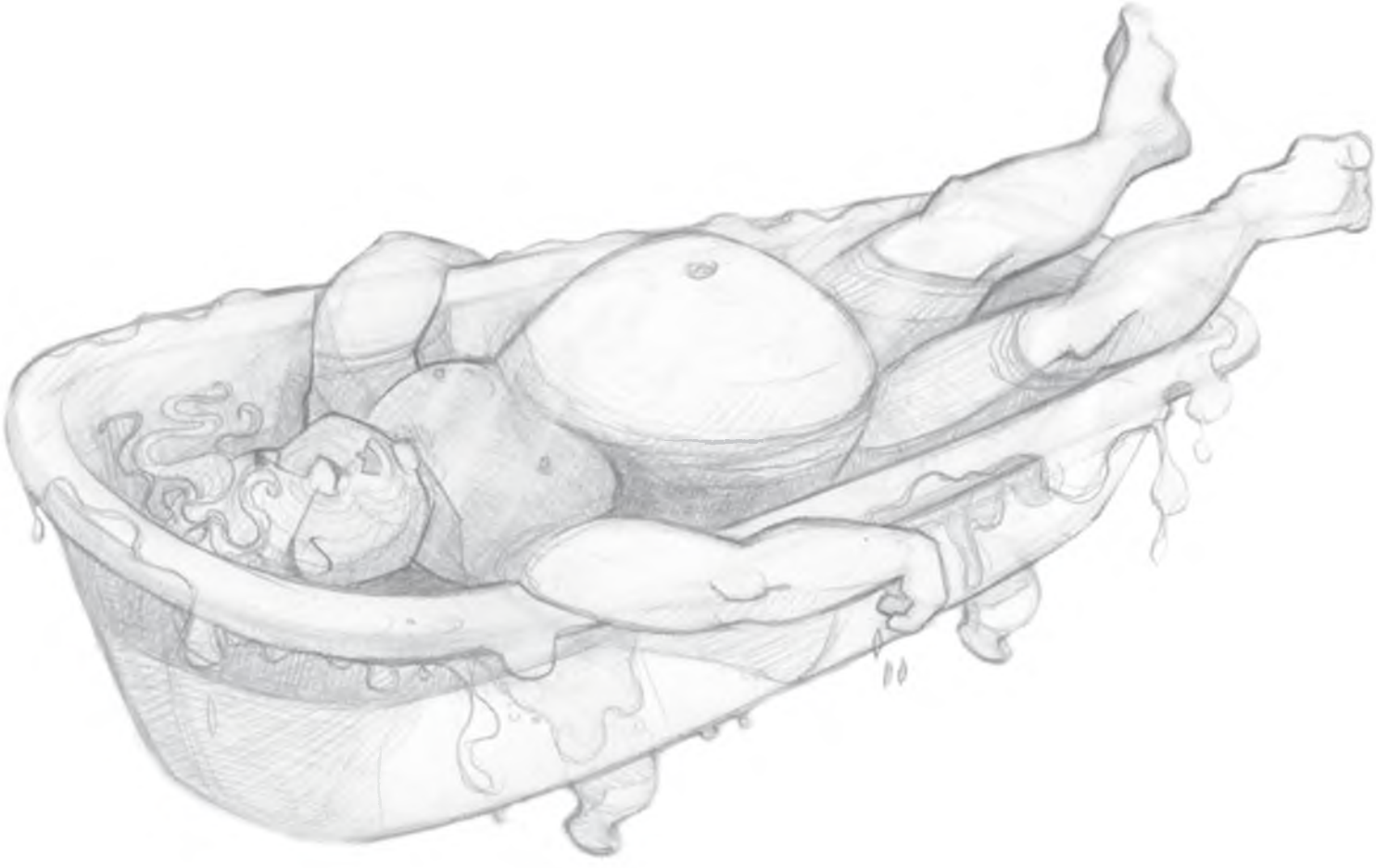
—¡Mire!, las luces de Junín, vamos llegando.

En el corto camino que faltó para llegar a Junín, la tempestad se fue alejando en dirección de Cerro de Pasco, dejaba atrás un largo velo de centellantes relámpagos, el último refucilo me encontró en el entrepiso de la escalera de la posta médica y a través del ventanal pude advertir en la morgue, los pies descalzos del óbito en aguardo de las monedas que le abrieran las puertas del Campo Santo.

Gustavo Adolfo Barrios Sosa
(seudónimo: Tuuro)
Moreno, provincia de Buenos Aires



HISTORIA SIN NOMBRE OFICIAL
(Crónica)



NO DUDO DE su capacidad. Mi equipo es el mejor. De afuera, más que una mansión, parece un caserón antiguo. Llega el último hombre. Derribamos la puerta. Entramos.

No todo es lo que parece. Es como si dentro de la casa se extendiera una pequeña ciudad. Sin lugar a dudas, la vista es el sentido más fácil de engañar. El caserón es oscuro, húmedo, lúgubre, como cualquier caserón abandonado. Imposible calcular su extensión real. Nos dispersamos.

Llegamos a una extraña cocina, tan sucia que hasta las ratas y cucarachas han abandonado. En un rincón, como empotrada a la fuerza, una bañera. Llena casi hasta rebalsar. Una canilla gotea sobre ella. El agua parece echada a perder. Dentro, un hombre, desnudo, inerte, de unos 40 años. Los ojos cerrados, la cabeza hacia atrás, los brazos sobre los bordes de la bañera, las piernas extendidas. El agua se mete por la boca abierta. Le ensucia y le arruga el cuerpo.

Uno de mis hombres lo saca de la bañera y le aplica masaje cardíaco. El hombre escupe agua, vuelve en sí.

—Gracias —murmura, como puede. Nos mira desorientado. Se desmaya.

—¡Al hospital más cercano! —le grito a mi equipo.

El hombre que lo sacó de la bañera lo carga a cuestas y se pierde en la oscuridad del pasillo. Eso reduce el número de gente; de 4 a 3. Genial.

Salimos de la cocina, seguimos buscando.

En una habitación del segundo piso, un viejo que ronca se despierta alterado al abrirse la puerta de una patada.

—¿Quién? ¿Cuál? ¿Qué?

—Señor, estamos buscando un cadáver —le explico, amablemente.

—Ah... bueno —se calma, parece comprender. Vuelve a recostarse—. Ojalá la encuentren —su voz se quiebra temblorosa—; tal vez en el harinero.

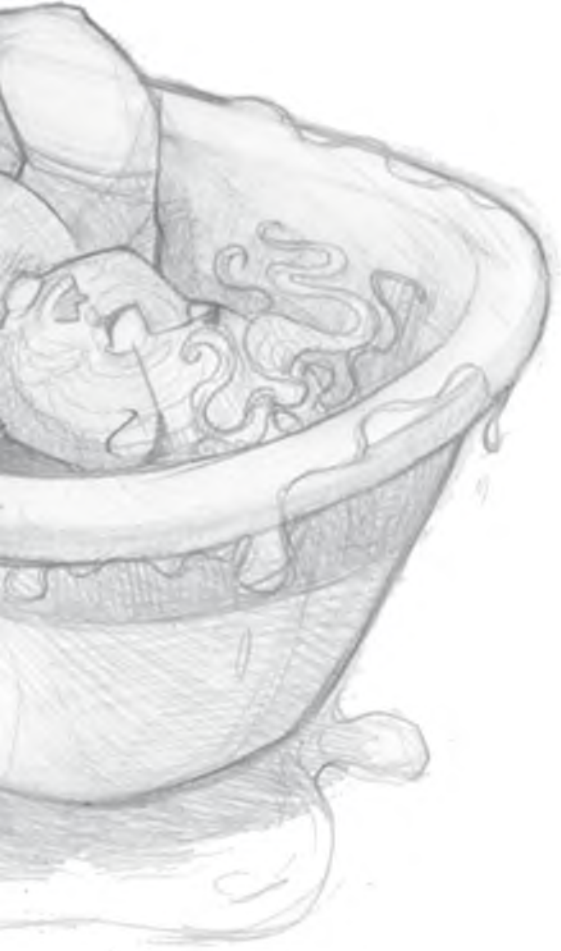
Se vuelve a dormir.

—¿El harinero?

—Se refiere a un lugar del tercer piso —señala uno de los hombres que me acompañan, mirando el techo con nostalgia.

Corremos. La intuición me grita que el tiempo no es muy amigo del hombre; más bien, todo lo contrario. Casi al final de la escalera, que alguna vez fue blanca, me da por girar sobre mi eje, pura curiosidad del morbo. Solo uno de mis acompañantes continúa en la huella (no me atrevo a preguntarle qué habrá pasado al otro).

Después de mucho andar llegamos a un cuarto diferente, con puerta de madera. Tiene que ser ése. Le pido ayuda al hombre que está a mis espaldas, pero éste no me contesta. Al observar sobre mi hombro, advierto sin sorpresa que estoy solo. No hay tiempo para sacar conjeturas. Toda la fuerza de mi cuerpo se reúne en el hombro. Solo necesito un golpe, certero. La puerta cede.



Una fina película de polvo blanco cubre la atmósfera de la habitación. El harinero. Sobre el techo se escuchan máquinas. Tal vez haya un cuarto piso en el cuál se produce harina.

Me acerco a la cama, en la cual descansa en paz el cadáver de una anciana. Al acercarme, el cadáver revive por unos segundos.

—... mi marido... está por quedarse paralítico... no soporto verlo sufrir... por eso yo... porque lo amo... por favor, dígaselo... —gime y jadea, con una voz débil como de hilo de gusano de cera. Vuelve al descanso eterno. Le cierro los ojos. Debajo de la cama encuentro un frasco de pastillas, completamente vacío.

Tengo la sensación de que hace años que busco la salida. Cada habitación, cada escalera, cada piso, cada recoveco resultan ser nuevas sorpresas. Nunca paso dos veces por el mismo lugar.

No volví a cruzarme con ninguno de los hombres de mi equipo, ni con algún otro ser humano, con o sin vida.

Facundo Martín Desimone
(seudónimo: El oso del sueño)
Ciudad Autónoma de Buenos Aires

FOCO

EL CALOR LO acorrala en los cubículos de aire acondicionado: del departamento al auto, del auto a la oficina, de la oficina al auto, del auto al departamento. Hay aire libre y caliente al mediodía cuando cruza la avenida para comprar su almuerzo. Siempre una variación de pollo y vegetales: en ensalada, al wok, en un sándwich gourmet, da lo mismo.

En enero todo parece detenerse. Él fantasea con que no haya autos y no haya personas, ser el único habitante de esas tierras inhóspitas, emprender una travesía para encontrar a los sobrevivientes de una raza humana depurada, aquellos más brillantes y complejos, que hayan ganado la lucha contra la idiotez que aniquiló al resto.

Y cada día, cuando cruza esa avenida que no está desierta, algo lo distrae. Una imagen que percibe de reojo porque cuando mira de frente, no la ve. Es una mujer sentada en la salida del estacionamiento donde deja el auto, en el borde del cantero descuidado, sin plantas. No llega a enfocar esa imagen. Solo el pelo de la chica que se vuela con una ráfaga aislada. Es rubio, emite destellos.

Capta eso y la delgadez de la figura. Es lo que el rabillo del ojo le permite. Nadie que él conozca.

Después de almorzar se sienta en su escritorio. Mira la pantalla de la computadora. Resuelve las variables en pocos pasos. Todo se volvió previsible. Mira hacia el costado. Tiene un elefante en su escritorio, pesado, inmóvil. Imagina que el elefante se transforma en un dragón. Y él sale volando por la ventana en la que se delinea el elefante, montado en el dragón. Planea sobre el Río de la Plata en el lomo verde. Buenos Aires se abate oscura bajo el vuelo rasante.

Él debe recuperar el anillo del poder. Se mira la mano limpia y suave. Hay un anillo deslucido que ni siquiera tuvo el impulso para ser de oro.

En la *tablet* tiene una biblioteca profusa. Los libros ocuparían mucho lugar si fueran de papel. Eso volvería las paredes de su casa cálidas y quitaría el blanco total que las cubre. Pero los libros están en la *tablet* y no más. Porque él no los lee: los selecciona, los baja y eso es todo. Lo distraen los diarios, le preocupa el rumbo del país, lo atemorizan las enfermedades, lo altera la incertidumbre y sus paliativos.

Antes leía en papel, tomaba el libro del lomo y pasaba las hojas sintiendo la gloria de que se afinara a medida que la aventura sucedía. El sonido de las hojas en su mente se le vuelve bosque. Solo lleva un morral y sabe que será insuficiente cuando encuentre el tesoro: no podrá guardar las monedas, las copas, las piedras preciosas. Deberá seleccionar algunas piezas. Bebe agua de un arroyo y cuando mira su reflejo, se ve viejo. Él no es viejo, todavía no. Tiene que haber sido embrujado. El sol intenso pega en el agua y la imagen se destruye entre brillos. Sus ojos encandilados se fijan en la *tablet*. Esa pantalla no le devuelve su gesto.

A las tres de la tarde ya terminó todo lo que hay que hacer. Mira el reloj. Piensa si tiene cosas pendientes. Siente que se está olvidando de algo, tal vez una cita, un encuentro de negocios, no sabe. Vuelve al reloj. Es una mirada que no puede evitar. Trata de recordar la última vez que aplazó el tiempo y cabalga en un camargués blanco que recorre kilómetros por una sabana árida para retroceder años y años. El caballo es mecánico pero ha sido recubierto por un tejido que copia el de un ser vivo. No podría reconocerse la diferencia. Es una máquina del tiempo.

Él se pregunta si no será también él una máquina, si no habrá viajado de otro tiempo, si no será un error del sistema, el plan de una mente perversa.

El caballo lo deja en una playa que él conoce. Se mira las manos. No tiene el anillo. Sus dedos están delgados y lozanos. Piensa que alguna vez le gustaría tocar el piano. Sus pasos lo alejan de la playa. Las calles le muestran un paisaje familiar. Ve el Hotel Riviera y extraña a su padre. Piensa si su padre se habrá llevado mucho de él al morir. Aún lo entristece la muerte de su padre.

Empuja con timidez la puerta pesada del hotel y la recepción lo envuelve con olores archivados. La lavanda se mezcla con la madera vieja y con la humedad que se cubre cada año con la misma pintura amarilla. A un costado hay un grupo de sillones de caña con almohadones floreados. Se sienta y ve una biblioteca austera con pocos libros y algunos adornos. Toma un libro en sus manos, es un ejemplar gordo que repele con su volumen a los lectores apresurados y a los turistas desinteresados. Él mira las tapas, hojea ese libro para reconocerlo, sabe que hay aventuras, magos, dragones y mujeres etéreas. También hay un anillo maldito. Pasa las hojas leyendo entre líneas, solo necesita recordar, todo ha estado en su mente estos años.

Pero hay algo que busca y no encuentra, algo que se le pasó por alto. Sus ojos están cansados, aunque sean los de un chico de catorce años.

A punto de cerrar el libro ve una acotación al margen en minúsculas, como un fragmento de algo más que no se llegó a escribir completo: "tu suerte está cambiando". Tal vez sea su propia letra.

La mirada vuelve al reloj. Siguen siendo las tres de la tarde. El verano cae sobre Buenos Aires. Le faltan tres horas para tomar el ascensor. Camina por un pasillo hasta llegar a los ventanales del lateral. Mira hacia el estacionamiento. Se enceguece con los destellos. Son solo tres horas más.

Evangelina Caro Betelú
(seudónimo: El dorado)
Gonnet, provincia de Buenos Aires

ESTO ES UN ASALTO

PORQUE A MÍ nunca me habían invitado un poco me sorprendió. Me daba una bronca ver cómo cada viernes se cruzaban las miradas o cómo escondían los varones la botella de coca-cola en las mochilas. Porque después de la escuela se iban. El grupito de los lindos. Santiago con esa melenita amarilla, el primo Martín y Gustavo, el hijo del doctor. El que había venido a dar la charlita ésa sobre la menstruación y las chicas nos moríamos de la vergüenza porque después los varones no perseguían preguntándonos si ya nos había venido. Y después las tres de siempre. Gabriela y las otras dos pelirrojas, Débora (con hache al final siempre dice ella) y Yamila, esa pecosa de mierda.

La cosa es que el jueves, en la segunda de la tarde cuando faltó María Cristina la maestra de actividades prácticas se me acerca en la hora libre Yamila y me empieza a hablar, cosa que nunca porque ellos siempre hablaban entre ellos y no le daban bolilla a nadie y menos a mí, pero se me acerca a hablarme y mientras tanto todos los otros estaban atrás, en las gradas que había en el patio porque el director había mandado comprar gradas porque decía que en los actos si estaban todos sentados en el piso no se veía nada. Mi mamá no era de la cooperadora porque ella siempre dice que nunca nadie la invitó, pero la mamá de Yamila que era la tesorera hablaba de no sé qué había pasado con las gradas y la plata de la última feria del plato, porque en séptimo siempre se organiza la feria del plato para el viaje de egresados, pero yo no creo que vaya porque a mí mamá no la invitaron todavía a la reunión del viaje. Ella siempre dice que nunca la invitan pero yo digo que ella exagera, que cómo no la van a invitar si es un viaje de todos. La cosa es que Yamila me habla y los otros atrás, en las gradas, nos miran y sonríen y a veces Martín abre las piernas y junta las manos y agacha la cabeza y deja de mirarnos. Martín es el más bueno de los lindos, es como el que se queda atrás cuando los otros empiezan a hacer cosas para que a los demás nos agarre la envidia de que no nos invitan, pero bueno, ahora estaba Yamila y me decía que me querían invitar al asalto del viernes que viene, que lo habían decidido entre todos, que si sabía cómo era, que los varones

llevaban para tomar y nosotras la comida, que podía ser *chizitos* o alguna torta que hacía mi mamá, porque mi mamá era buena haciendo tortas y cuando yo llevaba todos me pedían y me hablaban. A mí me encantaba llevar torta a la escuela porque ese día todos me hablaban y me decían si había otra porción y la maestra tenía que terminar haciendo un sorteo para repartir los últimos pedazos, pero mi mamá no quería que yo llevara torta, decía que gastaba mucha plata y que ella no les iba a dar de comer a los hijos de esos guitudos de mierda.

La cosa es que el viernes llegó y yo llegué a la escuela más temprano porque los viernes es el día que mi mamá me deja antes porque ella entra a limpiar a la casa del doctor Arce Lamadrid y tiene que tener todo listo antes de las nueve porque el viernes es el día que el doctor atiende en el consultorio a la mañana porque siempre atiende de tarde porque los otros días a la mañana va al hospital. De trenzas me vine, me las hace mi mamá y siempre que vengo de trenzas la maestra me dice que me quedan hermosas y yo quería estar linda hoy para el asalto. Mi mamá me las hizo porque aunque diga que los que me invitaron son guitudos de mierda a ella le gusta que me inviten. Siempre me dice que yo tengo que aprovechar,

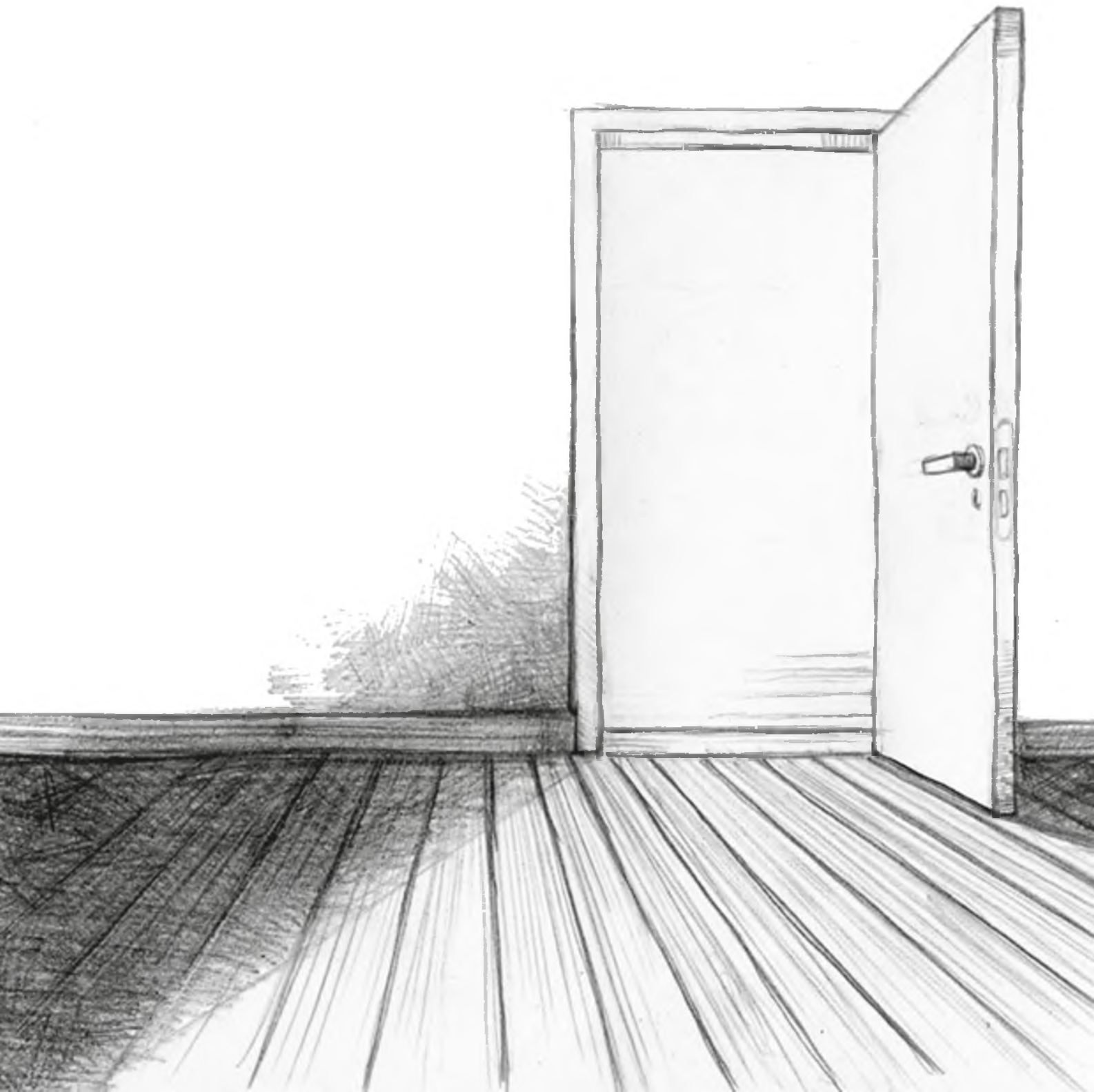
que si me invitan tengo que ir, que viva mi vida que si no voy, voy a terminar como ella que nadie la invita a ningún lado. Si hasta torta me hizo y me la cortó en cuadraditos y le puso azúcar impalpable arriba uno por uno y me la puso en un táper adentro de la mochila para que nadie lo vea hasta la tarde porque me iban a pedir y porque dice que a los que no los invitaron no les va a gustar saber que hacen un asalto y no lo invitaron. Tiene razón mi mamá porque a mí un poco de bronca me daba cuando no me invitaban y se miraban entre ellos para ver qué iban a hacer ese viernes a la tarde, después de la escuela.

Debía ser por el frío y porque lloviznaba que llegaron pocos a la bandera. Hasta la señorita Elisa llegó recién cuando estábamos entrando al aula. Sacamos la carpeta y empezamos a poner el día y ella iba y venía desde su escritorio hasta el armario que estaba atrás. En eso entra la señora que reparte el pan y la leche y le deja registro y la seño lo agarra y empieza a pasar lista.

Todos estábamos. Todos menos Yamila.
Y Débora.
Y Gabriela.
Y Martín.
Y Gustavo.
Y Santiago.
Todos menos los lindos.
Como en malón faltaron.
Justo hoy que me habían invitado.

Hernán Alberto García
(seudónimo: Zorba)
Ciudad Autónoma de Buenos Aires

LA ÚLTIMA PUERTA



Recordar:
Del latín re-cordis,
volver a pasar por el corazón

Eduardo Galeano

COMO TODOS los días desde que se jubiló, Anselmo, viudo de 75 años; se levanta a las 7:30 am, toma unos mates y luego comienza a realizar los quehaceres del hogar.

Primero riega las plantas que solían ser de su esposa Elvira, luego revisa su huerta, y cuando da por finalizadas las tareas del exterior de su casa, vuelve adentro para lavarse las manos y continuar con los arreglos del interior. Aunque no siempre tiene algún desperfecto para arreglar, encuentra la forma de mantenerse ocupado ya sea cambiando una lamparita, uniendo con pegamento alguna fuente o adorno de vidrio roto, o bien, reparando alguna canilla que gotea. Cuando culmina su tarea, realiza las típicas labores de limpieza: lava los platos, barre, pasa el plumero, etc.

Una vez terminada la rutina de la mañana, normalmente cerca del mediodía, se dirige al almacén del barrio a comprar los víveres. Cuando regresa a su hogar; cocina, luego almuerza, y después duerme la siesta. Despierta puntualmente a las 5 de la tarde, sin alarmas ni despertadores, puesto que Anselmo no tiene relojes en su casa. Desde que dejó su trabajo como operario en una fábrica para jubilarse, siente que ya no precisa correr detrás del tiempo. Ha perdido tanto, que no quiere depender de nada; ya está viejo, solo y cansado, además, suele decir que siente el tiempo en sus huesos, que no le son necesarios los relojes.

Cuando se levanta de su habitual siesta, toma unos mates en el patio de su casa hasta que la tarde comienza a desvanecerse. Una vez ocurrido esto, se dirige a su cocina y prepara la cena. Antes de comer, tiene la costumbre de servirse un vaso de vino. Cuando Elvira vivía, solía realizar el mismo ritual, pero antes de beber, brindaban por lo vivido. Luego de que su esposa falleciera, Anselmo solo atina a servir su vaso, contemplarlo y contemplarse él mismo en su soledad, y

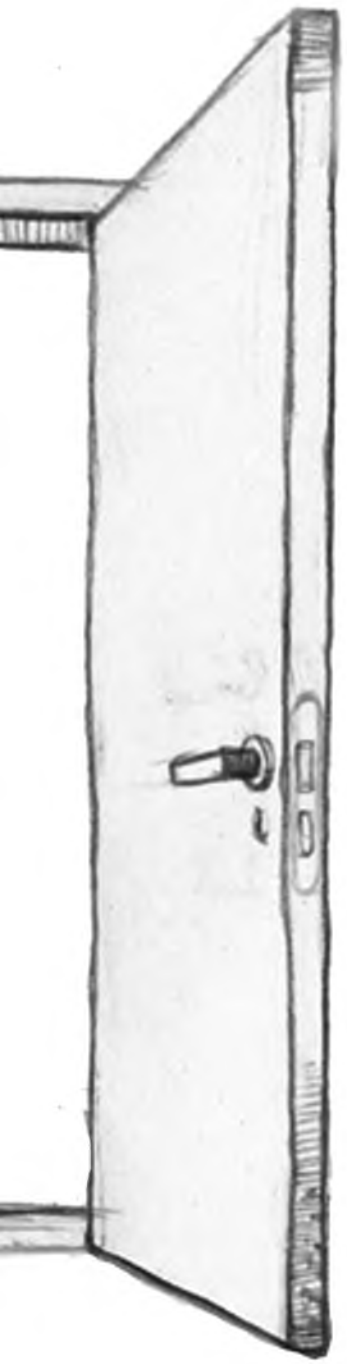
cuando siente que ya lo contempló y se contempló lo suficiente, bebe un sorbo y luego come su cena. Una vez terminada ésta, Anselmo se acuesta y espera que lo encuentre el sueño. De esta forma transcurren y terminan todos los días de su vida. Sin sorpresas, ni mucho menos alegrías.

Anselmo no tiene mascotas, ni televisor, mucho menos teléfono. Casi toda su vida fue un proletario, sin riquezas o posesiones mayores que su pequeña familia. Solo tuvo una hija, Ana Inés, fruto de su matrimonio con Elvira. Ana Inés se casó muy joven y, al poco tiempo fue a vivir al exterior con su esposo con quien tuvo dos hijos, los cuales Anselmo y Elvira solo tuvieron la dicha de ver en solo dos oportunidades; debido a que tanto a unos como otros, siempre les resultó muy difícil costear el traslado para visitas.

Cuando Elvira falleció, Ana Inés y su familia no pudieron presenciar el funeral, y desde entonces, Anselmo guarda una suerte de rencor disfrazado de dolor. Rencor con la muerte por haberle arrebatado a su esposa; con la vida por haberse llevado lejos de sí a Ana Inés y su familia, y dolor por tanta pérdida. De forma que la única realidad certera de Anselmo es que se encuentra tristemente solo. Y así pasa sus días, en plena soledad, esperando a que le llegue la hora final, anhelando reencontrarse con su esposa en alguna dimensión inmaterial.

Lo curioso es que un día, mejor dicho, una noche, luego de su típica rutina diaria sin ningún tipo de sobresaltos, como le es cotidiano; Anselmo despierta en medio de la noche percibiendo una sensación extraña. Prende la luz de su velador, y no nota nada diferente o fuera de lugar, de modo que apaga la luz y vuelve a intentar dormirse.

Sin poder recobrar el sueño, decide ir a buscar un vaso con agua a la cocina. Entonces, Anselmo se levanta y sale de su habitación; pero al atravesar la puerta, se encuentra con un pasillo diferente al que siempre hubo en su casa: había allí tres puertas en ambos lados, es decir, había tres puertas más que las que tenía ese mismo pasillo.

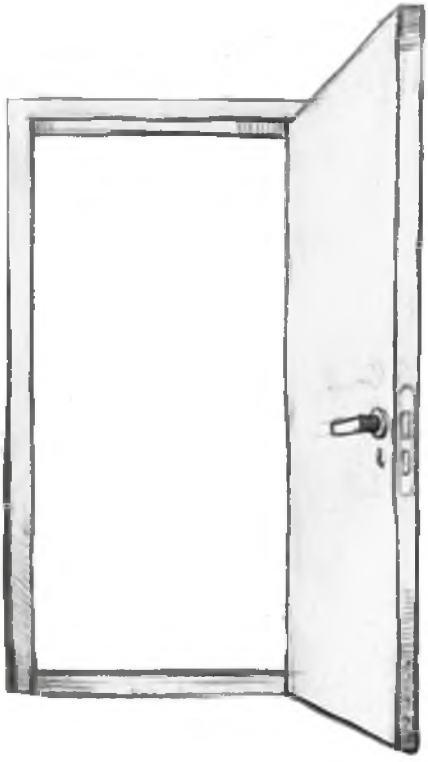


Anselmo observa el panorama desconcertado, se rasca la cabeza y resuelve entrar en la primera puerta del lado derecho del pasillo. Cuando entró a la habitación, pudo distinguir dos figuras que le parecían familiares. Una de ellas, acostada en la cama, y la otra, sentada junto a la figura que se hallaba en la cama.

Eran su esposa Elvira y él al momento de cuidarla en su lecho de muerte. Anselmo sintió un escalofrío que le recorrió el cuerpo entero. Él veló por ella hasta el fin. Ese momento que Anselmo presenciaba como si él mismo fuese un fantasma, se trataba de la última vez que tuvo a su Elvira con vida. Era la despedida. Los ojos de Anselmo se llenaron de lágrimas. Quiso quedarse en ese instante hasta que le toque su hora, pero un impulso incontrolable lo dominó y salió de la habitación para dirigirse a su segunda puerta. De modo que cerró la puerta de la habitación y seguidamente abrió la puerta de en frente, la primera del lado izquierdo del pasillo.

Allí estaba su familia, todos los seres que él había amado y para quienes siempre dedicó su vida mientras estuvieron junto a él. Era el reencuentro con su hija Ana Inés. Anselmo estaba allí, también estaban sus nietos, el esposo de su hija, y Elvira. Anselmo, como una presencia imperceptible para los que estaban allí, entró en el momento justo en que iban a inmortalizar el reencuentro con una foto familiar. Todos estaban felices. Y Anselmo sintió que la misma felicidad de aquel reencuentro lo invadió por un instante, su corazón se aceleró y lloró de felicidad. Recordó que esa vez se había sentido el hombre más dichoso del mundo. Nuevamente, volvió a sentir un impulso y salió de la habitación para entrar en su tercera puerta, la segunda del lado derecho del pasillo.

Al entrar, percibió un aroma exquisito, y encontró a su esposa Elvira cocinando mientras Anselmo la asistía. De pronto, aparece en escena Ana Inés con su esposo, que en esa ocasión era un desconocido para sus padres, puesto que en ese instante ocurrió la presentación de su novio.



Anselmo se sintió extraño. Recordó que esa vez también se había sentido igual. Por un segundo habría presentido que ese hombre iba a llevarse a su Ana Inés bien lejos, pero por otra parte, también sintió una suerte de regocijo al ver a su hija feliz. Volvió a revivir esas sensaciones tan contradictorias, y de pronto, otra vez ese impulso. Entonces cerró la puerta de la habitación y se dirigió hacia su cuarta puerta, la segunda del lado izquierdo del pasillo.

Abre la puerta y se halla con el momento en que festeja con su esposa y su pequeña hija la inauguración de la casa. Allí estaban los tres, cenando en su nuevo espacio que tanto esfuerzo y sacrificio había supuesto lograr. Anselmo sintió una plenitud inmensa, fue feliz como lo había sido en aquella ocasión. Se detuvo en la figura de Elvira, puesto que había olvidado lo hermosa que había sido durante su juventud. Recordó todo el amor que sintió por ella y lo idénticas que eran madre e hija. Antes de que vuelva a sorprenderlo aquel impulso que lo obligaba a salir de las habitaciones, Anselmo se decidió a cerrar la puerta de la habitación e ir tras su quinto recuerdo abriendo la tercera puerta del lado derecho del pasillo.

Una vez allí, se encuentra con su esposa Elvira abrazándolo, ambos eran muy jóvenes. Ninguno podía contener el llanto de felicidad. Ni la joven Elvira, ni Anselmo en su versión de juventud, ni el viejo que los contemplaba imperceptiblemente. Una inmensa alegría se percibía en aquel recuerdo. En esa oportunidad, Elvira le había dado la feliz noticia a su esposo de que iban a convertirse en padres. El Anselmo anciano no podía dejar de llorar. Nuevamente, la misma felicidad que había sentido en ese preciso instante le acarició el alma, y volvió a recordar lo dichoso que fue en esa ocasión. Esta vez secó su manojo de lágrimas, cerró la puerta al salir del momento, y fue tras su sexta y última puerta, la tercera del lado izquierdo del pasillo.

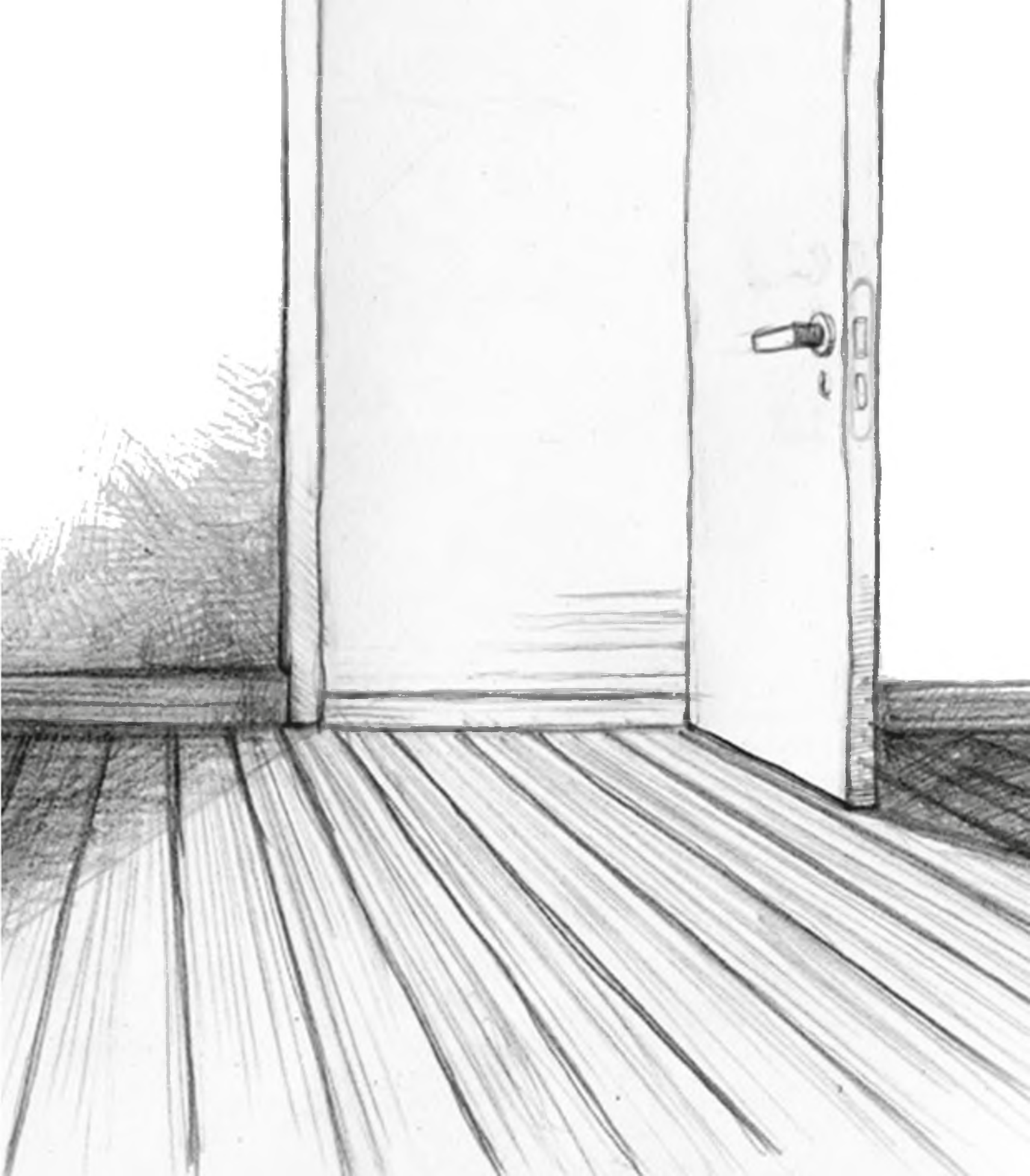
Antes de abrir la puerta, Anselmo presintió que algo diferente iba a estar esperándole al entrar. Una vez dentro de la habitación, se encuentra con su comedor, sin ninguna figura o recuerdo, solo su comedor con la mesa puesta y la comida ya servida. Anselmo, extrañado, nota que en lugar de haber un vaso, como le es habitual, había dos.

Pero solo un plato y cubiertos para una sola persona. Perplejo, Anselmo se sienta en el mismo lugar que siempre ocupó en la mesa, tomó la botella de vino que allí había, y en lugar de servir un vaso, sirvió los dos. Seguidamente tomó su vaso, lo chocó con el otro vaso como brindando, como lo hacía cuando Elvira aún vivía, y susurró sollozando:

—Por lo vivido...

Aquellos momentos habían tocado lo más profundo de su corazón. Tenía esos recuerdos tan escondidos dentro suyo que durante años vivió olvidando lo feliz que había sido en su vida. En ese instante lo invadió una profunda paz. Anselmo se sintió menos solo que de costumbre. Y cuando finalmente decidió que ya se había contemplado lo suficiente, bebió un sorbo de aquel vino, y procedió a comer lo servido.

Katja Ornella Lugo
(K.O. Lugo)
Moreno, provincia de Buenos Aires



CATEGORÍA: “ESTUDIANTES”

LA ÚLTIMA FUNCIÓN

ATROPOS

AVANZO POR AVENIDA Quete, el sudor prolifera en mi cuello, migra hacia mi espalda y vacaciona en las vellosidades de San Culolente. Frente al Mac, un par de tetas con cuerpo reparte volantes; tomo uno, se trata de una entrada para el circo. La aprieto en mi puño y las mayúsculas que anuncian Última Función comienzan a borronearse. Voy rumbo a la estación formando parte del cardumen de hora pico, podría tomarme el 34, pero hoy prefiero el tren, la diferencia es el aire acondicionado. La vereda está infestada de manteros y desplazarse resulta imposible. El desorden urbano me inyecta ira en las neuronas. Entre mis dedos estrujo la entrada, exprimo sus letras. Compradores indispuestos o menopáusicos, cuyo objetivo es dificultar el tráfico peatonal, frenan su marcha para testear mercadería de negro senegalés. No planean adquirir una billetera imitación cocodrilo o incorporar un "Ralex" a su muñeca; no, ellos solo desean obtener placer a partir del malestar ajeno, les causa deleite estorbar a los demás. Los mocosos poseen un olfato infalible al momento de detectar plástico chino, perciben la existencia de juguetes tóxicos y activan el modo capricho. Para colmo, sus madres los obligan a caminar por delante buscando que les abran el paso. Cruzo hacia la plaza, más manteros, y llego a la estación. La semana pasada instalaron unos molinetes, me acerqué a curiosear la obra y un pibito aprovechó mi distracción para manotearme el celular, era un modelo viejo con la pantalla estrellada, le guardaba cariño… Tiro la entrada y saco la SUBE, el vagón me espera en el andén, la mano me quedó sucia con tinta.

Ya en casa me puse en calzones y almorcé guiso frío, no tengo microondas ni la voluntad para recalentar la comida. Lavé los platos que se venían acumulando desde el domingo, el olor a carne condimentada empezaba a expandirse por el departamento. Mientras enjuagaba los cubiertos noté que el borrón de tinta era indeleble. Probé sacármelo con alcohol y lavandina, ni siquiera se decoloró.

ATROPOS

ATROPOS

Tumbado en la cama, recibiendo el fresco del ventilador, me observo la palma manchada, esos garabatos rojos simulan ser letras árabes. El sol se escurre por las cortinas de encaje, el calor de las dos y el cantar de las chicharras alimentan la modorra. Acomodada en una silla de mimbre, tomás mate en el patio de Doña Lucía; Pucho, mi perro, está echado a tus pies. Le lanza tarascones al aire pretendiendo cazar las moscas que devoran sus orejas. Tus ojos se esconden tras la visera de una boina, tus brazos salen desde una camisa de hombre, usas la ropa de papá. También llevás su alianza y en el índice un anillo de ámbar que nunca te vi. Una ventisca me acaricia la nuca y luego se enreda en tu melena, despegás los labios de la bombilla y arrugás la nariz, huele agrio, soy yo. Embadurné el colchón con transpiración y saliva… qué asco. La habitación sufre un malestar anaranjado, atardece. Qué roña tengo, mejor me ducho. Olvidando el resto de mi cuerpo friego con fuerza el pictograma árabe, lo único que consigo es gastar la pastilla de jabón. Con el vapor mi piel se pone mohosa y los caracteres rojos van adquiriendo sentido, pasado un rato se vuelven legibles:

¡ÚLTIMA FUNCIÓN!

21:30 hs. en el baldío de acá tres cuadras

Impreso sobre mi pulgar resalta el nombre del circo: Átropos, al pronunciarlo mastico remembranzas sabor caramelo quemado, mi hermana se llamaba igual. Le iban a poner Natalia, bien corriente y simpático, sin embargo triunfó el excentricismo… Átropos… suena horrible.

Salí lameteando un pico dulce, posicionado entre el vientre esférico de mamá y el cigarrillo humeante de papá, me había comido unos pochoclos durante el espectáculo y en los cachetes tenía pegoteados un par de pisingallos, le sonreíamos a la cámara instantánea de un payaso con el maquillaje derretido. Abro la caja de hojalata que contiene la foto. Junto a ella

se encuentra guardado el anillo de ámbar que usabas en la siesta. Observo la imagen, mamá lo lleva en su mano derecha, me lo coloco en el meñique, me queda justo.

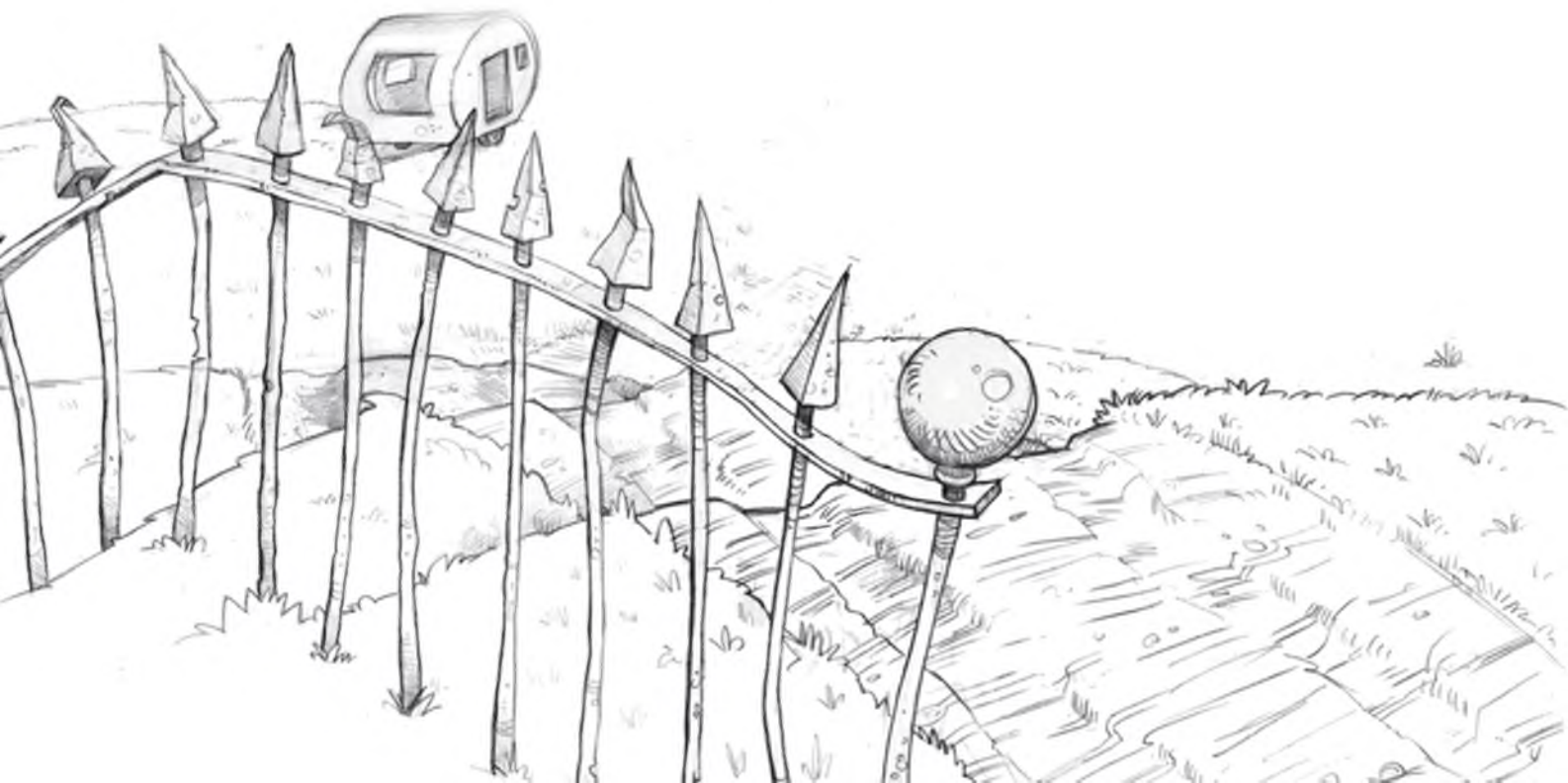
Corro las cortinas y un brillo estrafalario baña las paredes, desde un capón azul y blanco se despliegan luces alternadas con banderines. Al ingresar mostré mi palma y me mandaron al palco. Las gradas soportan las nalgas de familias que disfrutan su primera salida en seis meses. Si bien solo portan dos Evitas en el bolsillo, igual se las arreglan para comprar cuatro conos de papas fritas, tres algodones de azúcar, unas garrapiñadas, bebidas y algún chirimbolo infantil luminoso. Apagón… reflectores danzantes que promueven el suspenso, música *new age* brota por los parlantes… la voz del maestro de ceremonias… nos da las buenas noches y nos invita a sumergirnos en los misterios de Átropos… anuncia el primer acto. En el centro de la arena, una quinceañera comprimida dentro de un leotardo rebozado en brillantina.

Ese traje le impide desarrollar curvas, su estética es del tipo escarbadientes. En sus brazos permanecen enroscadas un par de telas, la doncella alza sus manos y comienza a elevarse. En el aire delinea mariposas, cisnes y conejos; se envuelve en su telar para tejer crisálida. Por momentos parece un ángel desplegando sus alas y por otros un demonio que asciende al cielo desde el averno. Para ambientar el número se ponen un funcionamiento destellos parpadeantes en cooperación con máquinas de humo… ¿Qué es este olor? Nos fumigan con una niebla que huele a perro atropellado, de esos que pasan media semana en la banquina y cuya panza abierta es festín de chimangos. En escena aparecen los contornos de un nuevo personaje, es tu silueta. Te pavoneás en un vestido negro que favorece tus caderas, tus ojos de penumbra se destacan tras un antifaz de lentejuelas, supongo que así te vistieron los del circo, nunca fuiste extravagante, al contrario, la primera vez que te vi ostentabas un saco de arpillera, eras una nena, ahora, por donde te mire, sos una mujer. Te sorprendí bebiendo el agua de Pucho, metida hasta el cuello en el balde, jadeando y salpicando.

Al otro día mi compinche garrapatudo falleció, desperté y lo hallé tendido a los pies de mi cama en pleno rigor mortis y con expresión de vaca degollada. A la tardecita, papá fue a tirarlo al río y vos quisiste acompañarlo. No regresó. Mi tía se mudó conmigo para cuidarme, él murió ahogado. Reapareciste pasados cinco años de su entierro; Doña Lucia, la vecina de enfrente, te hospedó, sin saberlo, en la pieza que había abandonado su hija. Dos días después a tu casera le dio una embolia y te adueñaste de su propiedad. No fui al sepelio, mi tía la odiaba porque le robaba las entregas de unos fascículos de cocina. Siempre que espiaba por mi persiana te veía luciendo las ropas de Doña Lucia (por cierto te quedaban como túnicas de fraile habituado al buen comer) chupando mate en una silla de mimbre que se pudría sobre los yuyos de tu patio delantero.

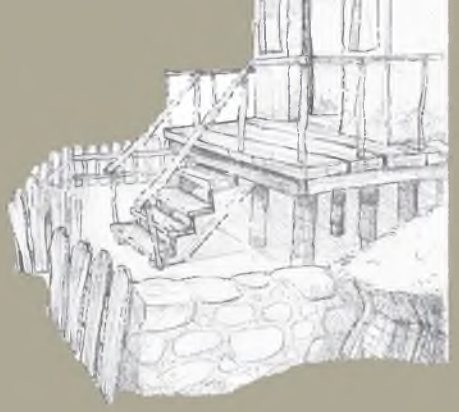
Finalicé la escuela técnica y me trasladé a un sucucho cercano al centro. Ahora nos reencontramos luego de siete años. Tu fragancia carroñera nos obliga a sellar nuestras fosas nasales con los dedos. Te colocás por debajo de la contorsionista y sujetás ambas telas.

Dotándolas con tu naturaleza de cementerio, les ordenás que formen un lazo entorno a la garganta de la artista. Le oprimen la tráquea impidiéndole respirar. Sus glóbulos oculares sobresalen de su rostro debido a la fuerte presión sanguínea. Abre sus fauces y produce un carraspeo interrumpido por ahorcadas, nos permite ver su paladar con gingivitis y sus problemas de ortodoncia. De seguro, la familia circense le proporciona una excelentísima atención médica. Un murmullo colectivo recorre la carpa, los espectadores abandonan su incertidumbre para acabar comprendiendo que esto no es parte del show. Una gorda se altera: "¡Se está asfixiando! ¡La va a matar!" El señor a mi lado me propone ir rescatarla, me hago el sordo, sé que sos invencible.



El muy miserable se pone en pie y de inmediato una corriente eléctrica sacude su sistema nervioso. Ha muerto. Nadie lo notó, todos permanecen atónitos contemplando la ejecución de la contorsionista. Ella cesa el forcejeo… sus pupilas se retrotraen hacia el interior del cráneo, sus pestañas enmarcan un blanco sin vida. Se aflojan los nudos y el cadáver se desliza hasta el suelo, en su cuello se aprecia un hematoma azulado. Los espectadores se someten al horror, la mayoría agarra el celular y marca el novecientos once; pero vos, con tu impía manera de proceder, movés los brazos realizando ademanes incomprensibles y lográs que los teléfonos se reduzcan a esquirlas plásticas; los hiciste estallar en un revuelo de pantallas, chips y baterías. La concurrencia, despavorida, se configura para el zafarrancho clase "rajemos o no contamos el cuento" e inicia la huida. Sin embargo, al erguirse de sus asientos terminan padeciendo el mismo destino que mi compañero de banco: son fulminados por un alto amperaje y fallecen al instante. La fetidez a carne chamuscada se entremezcla con tu olor a podrido. La música *new age* ha sido sustituida por el llanto de los sobrevivientes. Uno a uno te aproximás a ellos y acariciando sus mejillas los encaminás directo al inframundo. Es mi turno, tus tacones bajan por la tribuna, tu mano en mi espalda es un témpano, acortás la distancia hasta mi oído y de tus labios emerge un susurro, me preguntás: "¿Sabés quién soy?" Observo el anillo en mi meñique, el que era de mamá. Ella te regaló su vida y vos te moriste en brazos de la partera. "Mi hermana, Átropos".

Rocío Belén Riquelme
(seudónimo: Riquelme)
Moreno, provincia de Buenos Aires

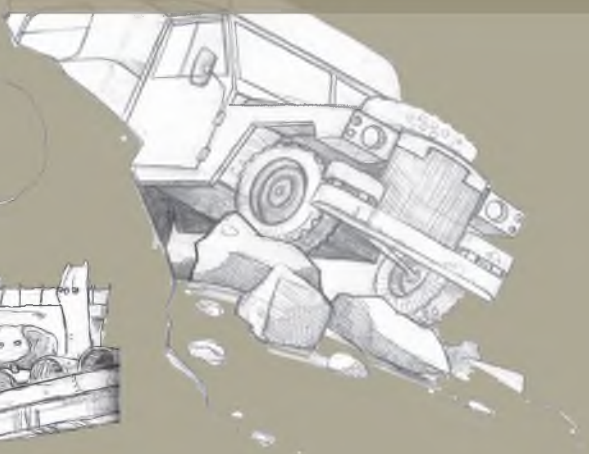


Esta publicación es el resultado del "I CONCURSO ANUAL ABIERTO A LA COMUNIDAD" impulsado por la UNIVERSIDAD NACIONAL DE MORENO y realizado en 2014 por intermedio de UNM Editora.

Los cuentos aquí reunidos, corresponden a las obras inéditas y ganadoras de dicho certamen con el Primero, Segundo y Tercer premio correspondientes a la Categoría: "Autores Nóveles", junto a otras obras seleccionadas, inclusive pertenecientes a la Categoría: "Estudiantes", dando apertura a la Serie: "UNM Opera Prima" de la Colección "Concurso Anual Abierto a la Comunidad" de nuestro Fondo Editorial, y en esta primera oportunidad ser realiza para cuento breve sobre tema libre.

Los cuentos ganadores de esta primera edición del certamen realizado, han sido elegidos en mérito a su calidad literaria y originalidad, por un prestigioso Jurado -conformado por Ana María Shua, Pablo De Santis y Leopoldo Brizuela-, entre más de un centenar de obras presentadas por autores provenientes de todo el país y del exterior.

Esta es la primera publicación de una oportunidad que se reiterará regularmente con la intención alentar a los nuevos talentos y sus obras, atendiendo el objetivo de promover la lectura y la escritura.



ISBN 978-987-3700-25-5

UNM 2010
UNIVERSIDAD
DEL BICENTENARIO
ARGENTINO

COLECCIÓN:
CONCURSO ANUAL ABIERTO A LA COMUNIDAD

SERIE:
UNM OPERA PRIMA